

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



CÉSAR MIGUEL RONDÓN SOBRE WILLIE COLÓN: cuando la comunidad de bailarines hacía alusión a un sonido típico y específico de Nueva York, se destacaba la importante participación de Willie Colón (...), cuando nos ubicamos en la época dorada de la salsa neoyorquina, que Willie no solo incrementó su importancia, sino que terminó identificando a buena parte del sonido global de la salsa a su propio estilo y expresión.

Papel Literario **82** AÑOS

FUNDADO EN 1943

DOMINGO 3 DE MAYO DE 2026

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papelliterario

ENTREVISTA >> JUAN CARLOS ZAPATA TRAS GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

“Los venezolanos estamos en la obligación de rescatar esta memoria”

Juan Carlos Zapata agrega un capítulo más a su pertinaz investigación sobre los vínculos de Gabriel García Márquez con Venezuela. *De Caracas a La Habana. Dos misterios de Gabriel García Márquez y Fidel Castro*, imponente volumen profusamente ilustrado, es también un estudio de la historia política y del periodismo en Venezuela, comprendidos entre finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta

NELSON RIVERA

Este nuevo libro suma una pieza más a su extensa investigación sobre el vínculo de Gabriel García Márquez con Venezuela. En la bibliografía conocida sobre la vida y obra del escritor, ¿se ha reconocido este vínculo? ¿O se ha soslayado?

Son pocos los que han reconocido el nexo. Los estudiosos y los biógrafos casi que pasan por alto el periodo. En las crónicas y libros de Plinio Apuleyo Mendoza se ha precisado más sobre el tiempo que García Márquez vivió en Caracas. En la biografía escrita por Gerald Martin hay algunas buenas páginas. Otras en la obra del profesor español Álvaro Santana Acuña quien, además, cada vez que monta una exposición sobre García Márquez, incorpora alguna imagen, un elemento, un recuerdo del vínculo con Caracas, y lo sé porque me los pide prestados de mi colección. Sin embargo, he visto trabajos en los que el tiempo en Caracas es apenas una fecha, un punto cronológico. Hay que reconocer como todo un acierto la recopilación por parte del profesor Jacques Gilard de la mayor parte del trabajo periodístico en Caracas, y Gilard pudo hablar muchas veces con él. Los venezolanos estamos obligados a rescatar esta memoria, otros no lo harán. Lo mismo hay que hacer con Mario Vargas Llosa. Son dos premios Nobel vinculados a Caracas. Y de manera estrecha. Están desapareciendo los testigos directos, los amigos de ambos. Hay que apurarse.

¿Cuál fue el período en que García Márquez vivió en Caracas? ¿Cuáles fueron sus desempeños durante ese tiempo?

Llegó a finales de 1957, y a la semana, entrando 1958, ya estaba presenciando los últimos días y luego la caída del régimen de Marcos Pérez Jiménez. Seguía en Caracas en 1959 cuando se produce la victoria de la revolución castrista en Cuba. Estos dos acontecimientos son el hilo conductor de este libro, *De Caracas a La Habana, dos misterios de Gabriel García Márquez con Fidel Castro*. Para García Márquez, y así lo hago ver, el fin de la dictadura en Venezuela le abre la oportunidad de ver una revolución democráti-



JUAN CARLOS ZAPATA / ©CLAUDIA LEAL

ca en desarrollo, se involucra con el espíritu democrático del movimiento, entrevista y conoce a sus protagonistas, se hace amigo de ellos, escribe piezas periodísticas de antología, y una imagen en el Palacio de Miraflores le da la pista para abordar más de una década después, su gran novela sobre el dictador latinoamericano, *El otoño del patriarca*. Es más, a veces pienso que el tren amarillo que llega a Macondo reproduce la imagen del Cadillac amarillo en el que iba el militar golpista Jorge María Castro León cuando se dirige al aeropuerto para irse del país, lo describe en un reportaje antológico: “72 horas que movieron a Venezuela”, de agosto de 1958.

Su libro descubre textos periodísticos de García Márquez que, hasta ahora, no se conocían o no se le habían atribuido. ¿Cuántos son? ¿Es posible que haya más?

Descubrimos cuatro textos firmados. Bien con su nombre propio o bien con los seudónimos Gabo y Gastón Galdós. No entiendo por qué los antologistas no los incorporaron a su obra periodística. El reportaje del Cadillac amarillo no lo firmó, pero es evidente que es suyo, y así lo constata el experto Jacques Gilard que recogió

“

Lo mismo hay que hacer con Mario Vargas Llosa. Son dos premios Nobel vinculados a Caracas”

su obra periodística. Nosotros habíamos descubierto antes, para el libro *Votar es la cosa más sabrosa. Una historia electoral de Venezuela*, el texto que en *Venezuela Gráfica* acompaña la portada dedicada al triunfo electoral de Rómulo Betancourt en 1958. Es curioso que al final de *Cien años de soledad*, el esposo belga con el que Amaranta Úrsula regresa a Macondo, tiene por nombre Gastón, como el seudónimo, y Gastón

es un experto en aviones, una nave a la que García Márquez le tenía pavor. En *Momento y Venezuela Gráfica* habría que rastrear las fotos leyendas. Hay titulares en notas escritas por otros que llevan su marca. Recordemos que el Jefe de Redacción –con mayúsculas– era un personaje montado en todo el proceso de producción. Me dijo Juan Vené que sus títulos en *Venezuela Gráfica* eran de García Márquez, y que era un hombre muy ocupado. Te imaginas un trabajo que se llame: “García Márquez maestro de títulos en Caracas”.

Narra usted, con cuidado detalle, los contenidos de la edición de la revista *Momento* correspondiente al 24 de enero de 1958, el día siguiente del fin de la dictadura de Pérez Jiménez. ¿Podría contarlo a nuestros lectores?

Lo digo. Es un tesoro. Plinio era el Jefe de Redacción –con mayúsculas también– y García Márquez un redactor recién llegado, traído por Plinio. Ya venían trabajando los sucesos desde el primero de enero de 1958, y los agarra el 23 con la edición hecha. Estaban obligados a hacer algo, y lo hicieron todo. Agregar otra revista, escribir el editorial, escribir fotos leyendas, seleccionar fotografías, escribir crónicas, reportajes, darle vuelta a la noticia. Completan esa edición en una noche. A cuatro manos. Tomando café. Oyendo la radio. Atendiendo el teléfono. Recibiendo visitas. Hablando entre ellos como se hablaba antes en las redacciones de los diarios. Era un par de reporteros en acción y, de paso, amigos. Después tienen que salir a la calle a entrevistar, a ver, a “reportear”, como decía uno, para escribir sus propias impresiones. ¿Cuántas veces no estuvieron en el Palacio de Miraflores? En el libro se reproduce toda la edición con el propósito de que el lector aprecie el alcance de la cobertura. Puedo decir que un lector puede hacerse una idea de lo que ocurrió en 1958 en Venezuela solamente leyendo lo que escribieron Plinio Apuleyo Mendoza y Gabriel García Márquez en columnas, crónicas y reportajes. Eran incansables y minuciosos observadores.

Sugiere usted que la visión e interés de García Márquez por el poder, en alguna medida, se fraguó durante su estadía en Caracas. ¿Podría comentar al respecto?

¿Te imaginas a un reportero que tiene la oportunidad de hablar y codearse con la dirigencia que está transitando el cambio de la dictadura a la democracia? ¿Te imaginas viéndolo entrevistar a los dirigentes históricos y a los más jóvenes? Su reportaje sobre Rómulo Betancourt, Gustavo Machado, Jóvito Villalba y Rafael Caldera es importante. Se llama “La generación de los perseguidos”. Lo recomendaba Miguel Otero Silva. Y para la Venezuela de hoy es de una importancia capital. Durante más de un año estuve, como se dice, en la candela periodística, bregando con civiles y militares, observando las claves de un régimen que desaparecía y otro que luchaba por consolidarse. Porque no fue una transición fácil. García Márquez vio y escribió sobre las intenciones golpistas que hubo en 1958 para echar por tierra el esfuerzo democrático. En ese escenario no hubo tregua hasta que se llegó a las elecciones de diciembre de 1958 y se eligió a Betancourt. Te imaginas lo que escribí y lo que prefirió guardarse. Lo que aprendió. Luego observó de cerca la evolución de la lucha castrista y el triunfo de Castro. Conoció a Simón Alberto Consalvi que dirigía la revista *Elite* y conoció a Luis Herrera Campins recién llegado del exilio en *Momento*. Venezuela era el destino del exilio cubano, y había sido en buena medida el exilio de grandes periodistas de Colombia. De Cuba llegaban periodistas de primera línea. Algunos se quedaron. Los diarios, la radio, la televisión, le deben mucho al periodismo de Cuba y Colombia, un tema-caso de estudio. Después García Márquez siguió vinculado a Venezuela y de manera especial a Carlos Andrés Pérez a quien, sin embargo, no conoció sino hasta 1973, presentado por Consalvi. El Pérez presidente le abrió las puertas reales del poder. Lo conectó con otros dirigentes, nacionales e internacionales. En *Cien años de soledad* ya nos encontramos con su visión de los militares y el poder. Al propio coronel Aureliano Buendía lo describe como un personaje desviado por el poder y la gloria, y eso que no había conocido ni lo uno ni lo otro, y había perdido cuanta guerra promovió. ¿Te imaginas si hubiera ganado los 32 levantamientos que lideró?

(Continúa en la página 2)

“Los venezolanos estamos en la obligación de rescatar esta memoria”

(Viene de la página 1)

Me resultó muy llamativa la importancia editorial que tenía la crisis política de Cuba en el periodismo venezolano, antes y después de Pérez Jiménez. ¿A qué se debe este marcado interés?

Aquí juegan dos factores: las dictaduras de Marcos Pérez Jiménez, Fulgencio Batista y Leónidas Trujillo en Venezuela, Cuba y República Dominicana eran conocidas como la triple alianza de los sables. Pero tenían sus diferencias. En algún momento, las relaciones entre Trujillo y Batista no eran las mejores, y la relación de Pérez Jiménez era mejor con Trujillo que con Batista. Me imagino que el de Venezuela, para alagar al de Dominicana, permite que se digan cosas en la prensa sobre las dificultades de Batista. De hecho, en el libro tenemos la referencia de un reportaje sobre la reconciliación de Trujillo y Batista. El otro aspecto, es que los editores en Venezuela, por lo menos en Miguel Ángel Capriles es evidente la intención, siguen y cubren las incidencias en Cuba, para que la resistencia en Venezuela se vea reflejada y no desmaye en su lucha. Eran muy buenas las relaciones entre Capriles y Miguel Ángel Quevedo el editor de *Bohemia* en La Habana. Luego ya, en 1958, el apoyo es total en cobertura y recursos logísticos y financieros. Venezuela fue el país que más hizo por la libertad en Cuba. Carlos Andrés Pérez había conocido a Castro en Costa Rica. Y un lote de armas que estaban destinadas para combatir a Pérez Jiménez se las embarcó para La Habana porque ya la dictadura había caído en Venezuela. Desde entonces nos involucramos con Castro. Y para nada. Para que atentara contra la democracia. Se le derrotó en los años 60 y volvió a meterse en el país gracias al entreguismo de Hugo Chávez. Por allí circula un buen libro sobre el tema, *La invasión consentida*. Todos estos libros podrán circular en la nueva Venezuela, y la historia adquirirá otro sentido.

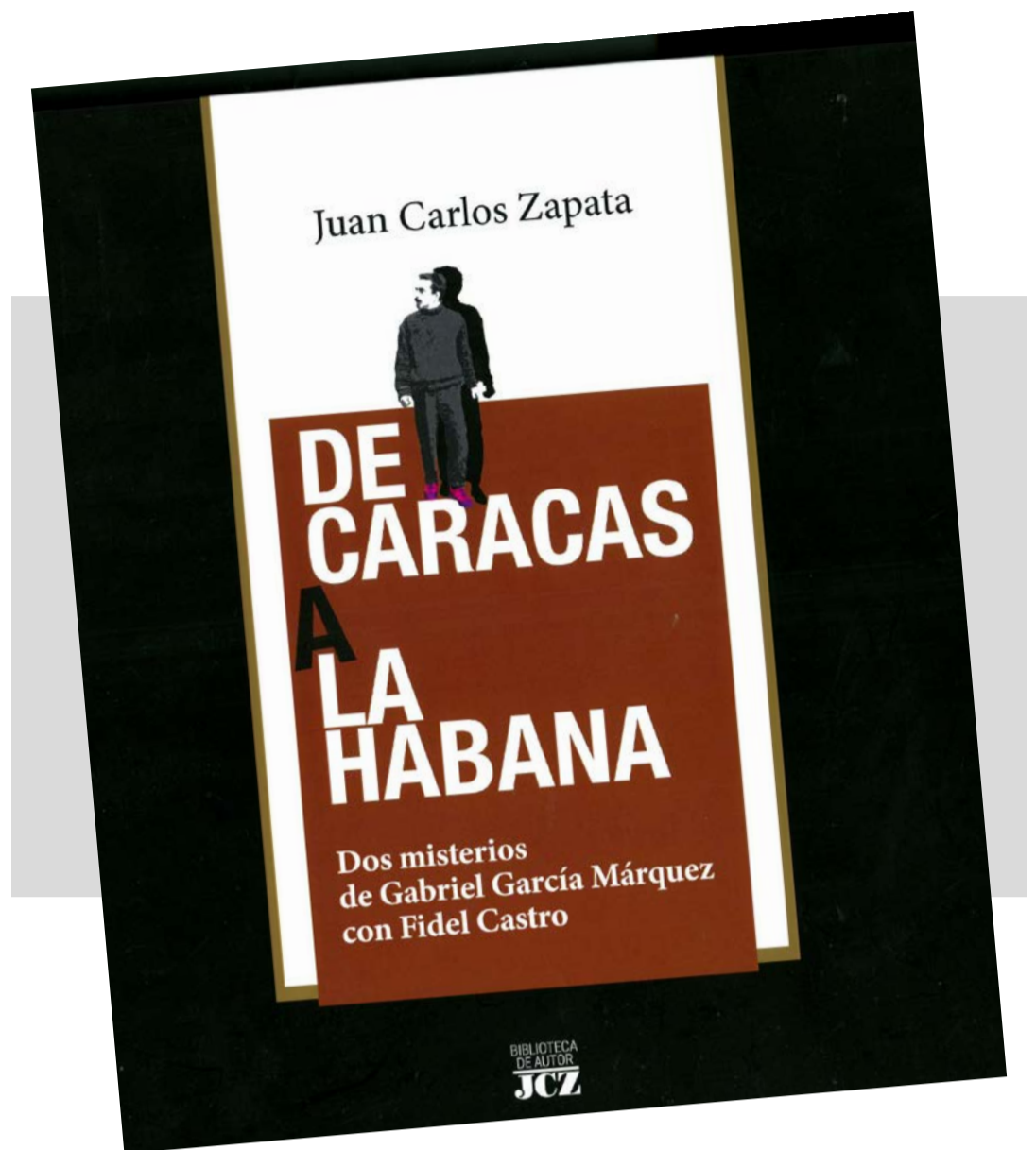
Usted analiza dos episodios en los que García Márquez escogió hacer silencio ante hechos fundamentales de 1959: los fusilamientos en Cuba y la visita de Fidel Castro a Caracas. ¿Acaso esos silencios ante la figura de Fidel Castro y la Revolución cubana no se constituyeron en un procedimiento reiterado en la actividad pública de García Márquez?

No voy a explicar aquí el porqué de los dos misterios. Pero es verdad, García Márquez cuando ya era famoso movió cielo y tierra para entrar en el círculo de Castro. Escribió a mediados de los años 70 dos reportajes en los que tergiversó la realidad, *Cuba de cabo a rabo* y *Operación Carlota*. En *Cuba de cabo a rabo* nos pintó un paraíso socialista que no existía. En el libro intento atar los cabos necesarios para despejar que tampoco fue digna su posición en torno a los fusilamientos del general Arnaldo Ochoa y sus amigos en 1989, máxime cuando Toni de la Guardia, otro de los fusilados, era su gran amigo. Las explicaciones que dio no convencieron. Desde los años 70 y hasta el fin de los días, se nota esa obsesión por ser amigo de Castro. Yo digo que el político más famoso del mundo no podía quedar al margen de la esfera del escritor más famoso del mundo. Él lo justificaba señalando que sacaba presos de Cuba. Y lo justificaba con aquello de que los amigos eran los amigos y no importaba el espectro político en el que se encontraban y, de hecho, era amplia la fauna de sus amigos en el poder. En los 90 quiso, con la ayuda de Carlos Andrés Pérez, Felipe González y Carlos Salinas de Gortari, lograr que Castro se montara en las reformas al estilo Gorbachov. Pero lo que pintaba como un buen plan, se fue al garete con el golpe del 4F de Hugo Chávez. Pérez perdió toda fuerza internacional. A García Márquez y a Fidel Castro se les puede aplicar lo que recientemente dijo el escritor Emmanuel Carrère sobre su madre, Hélène Carrère d'Encausse, Rusia, Ucrania y Putin. Que, cercana a Rusia, este era un tema de vida de su mamá. Que ella era una “especie de embajadora informal”, cuya “obsesión era calmar las relaciones” entre Rusia y Ucrania, y que eso la “hizo un poco indulgente con los rostros del poder”. Así pasó con García Márquez. Se volvió indulgente con el poder cubano, con Castro en particular, queriendo arreglar lo que el castrismo no estaba dispuesto a arreglar. Consideraba que Castro lo escuchaba. Consideraba que en Cuba tenía un refugio. Consideraba que más hacíateniéndolo de amigo que de enemigo. Le confería poder y fuerza en sus relaciones mantener en su órbita, gracias a su fama y prestigio universal, a Castro, Omar Torrijos, Carlos Andrés Pérez, Felipe González, Carlos Salinas de Gortari, César Gaviria, Belisario Betancur, Teodoro Petkoff,

Andrés Pastrana, Francois Mitterrand, Olof Palme, y a los sandinistas, entre otros. A él le gustaba el modelo democrático de Venezuela. Pero a pesar de la evolución en sus posiciones hacia la socialdemocracia, conservaba, lo dijo su amigo Enrique Santos Calderón, un núcleo un poco más rojo en su corazón. A Castro le fue fiel hasta el final, incluyéndolo, yo diría que arbitrariamente, en sus memorias, aunque no le siguió la corriente respecto a Chávez. En este punto prefirió ser consecuente con la democracia y los demócratas de Venezuela, y el tiempo le ha dado la razón, no así a Castro. La verdad es que García Márquez es un caso único. No se ha repetido.

Quiero preguntar al periodista Zapata por sus métodos de investigación. ¿Son distintos a los del biógrafo o a los del historiador?

Soy lector de revistas y periódicos en papel a pesar de haber sido pionero del periodismo digital en Venezuela. Encuentro un aspecto histórico y me pregunto cómo habrá sido abordado por la prensa de Caracas en su tiempo. Si encuentro una cita en un libro, quiero la versión original aparecida en un diario o revista. Y entonces voy a la fuente. Voy a esas páginas olvidadas. Y por ello mis últimos cuatro libros sobre la historia electoral de Venezuela, la historia de la empresa, el dinero y el poder, la dictadura de Maduro, y este sobre García Márquez y Castro, están llenos de imágenes. El lector mira y lee. Y puede percatarse de cómo se publicó la noticia o el reportaje o la crónica o la entrevista. Le ofrezco la prueba escrita para que lea el titular, el sumario, vea la foto, lea la fotoleyenda, lea todo el texto. Como resulta imposible reproducir todas las imágenes, copiamos antetítulos, títulos, sumarios con su fecha respectiva, para que otros que quieren seguir la investigación, dispongan ya de una pista de despegue. Yo sigo siendo periodista. Trabajo en calidad de periodista. Un reportero que mira hacia el pasado como Pilar Ternera que, en *Cien años de soledad*, en medio de la peste de la memoria y el olvido, echaba las cartas para recuperar el pasado y ubicarse en el presente. En los mares de las redes e internet el espantoso volumen de información hace que naufrague la información, y esta y las fuentes de las que proviene se extraían mientras más se vaya hacia el pasado; entre otros factores, porque hay medios que han desaparecido y con ellos, las bases de datos. De modo que el papel sigue funcionando como una especie de prueba escrita. Expediente histórico. Imagínate, Nelson, todos los acontecimientos que para los venezolanos no han existido, o en todo caso parcialmente, o pobremente trabajados, por la desgracia del silencio, el bloqueo, el control y censura impuesto por la dictadura. En Venezuela hace años que desaparecieron los diarios y revistas. ¿Cómo recuperamos esa memoria? No es posible. Ni siquiera con la cobertura hecha por los medios internacionales. Se



han publicado libros, y habrá que seguir publicándolos una vez el proceso democrático esté encaminado. Pero hay que comenzar a escribir otros desde ahora, antes que los protagonistas y sus testimonios desaparezcan.

Por último: ¿todavía hay hechos por investigar en relación con vínculo de GGM con Venezuela? ¿Por ejemplo?

Falta mucho por escarbar. No se ha hecho un estudio a fondo sobre las relaciones personales de García Márquez con la dirigencia política de la democracia. La sola amistad con Carlos Andrés Pérez vale un libro. La amistad con Miguel Otero Silva. La amistad con dos millo-

narias, Milagros Maldonado y María Di Mase. La amistad con Simón Alberto Consalvi, y qué lástima que a este siempre lo tuvimos a mano para preguntarle y no lo hicimos. El periodismo, Caracas y García Márquez es un temazo. La política desde Caracas de García Márquez. García Márquez y el poder que aprendió en Caracas. Dos episodios tengo ahora adelantados: uno, las negociaciones definitivas con el M-19, una iniciativa suya que nació en la transmisión de mando de Pérez en 1989 en un desayuno en casa de Gustavo Cisneros. Dos, la iniciativa de montar a Castro en el carril democrático también fue suya y en Caracas. En *Gabo nació en Caracas no en Aracataca*, yo abordé lo evidente, pero en la medida que uno revisa se da cuenta que ni en cien años terminaremos de abarcarlo todo. Fíjate, dimos con una fotografía, la única, de García Márquez ejerciendo de reportero en 1958. Es un gran hallazgo, como las fotos con las cuales se ilustraron en 1956, en *Elite*, sus reportajes sobre los países socialistas: vestía y calzaba con unos más que sencillos sweater y botines. En *Cien años de soledad*, el personaje Gabriel, su *alter ego*, también usaba en París un suéter que no se quitaba nunca y calzaba un par de zapatos que se había llevado de Macondo. En la novela, algunos de los Buendía calzaban botines de charol. ☼

* De *Caracas a La Habana. Dos misterios de Gabriel García Márquez con Fidel Castro*. Concepto y textos: Juan Carlos Zapata. Biblioteca de Autor JCZ, España, 2026.

“
Se volvió indulgente con el poder cubano, con Castro en particular”



FIDEL CASTRO Y GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ / ©ORIANA ARMAND

HOMENAJE >> WILLIAM ANTHONY COLÓN (1950-2026)

Para recordar a Willie Colón: fragmento de *El libro de la salsa*

El fragmento que se reproduce a continuación pertenece al capítulo 3, titulado "Salsados (el boom)", de *El libro de la salsa. Crónica de la música del Caribe urbano* (1978), del escritor, periodista y melómano César Miguel Rondón. Fue copiado de la tercera edición (Turner Publicaciones, España, 2017). En lo que sigue, el autor se concentra en los primeros años de la producción musical de Willie Colón



WILLIE COLÓN (1982) / ©VASCO SZINETAR

CÉSAR MIGUEL RONDÓN

(...) Ahora bien, hagamos un recuento de lo sucedido partiendo de las circunstancias que ofreció Nueva York. El mentado *boom* se desató como auténtico fenómeno comercial a partir de 1974, cuando ya la salsa, a todo lo ancho del Caribe, había arrasado con los mitos y complejos que se habían atravesado a su paso. Sin embargo, entre 1971 –referencia para la reunión de las Estrellas de Fania en Cheetah– y 1975 la salsa de Nueva York logró dar lo que, visto a la distancia y de manera global, quizá fuera lo más sólido e influyente de toda la producción salsosa. Los años en que las dos vertientes básicas que alimentan a la salsa –la influencia del barrio y la innovación y mezcla musical sin imponerse mayores límites ni formales ni de inspiración– lograron culminar en una etapa de sobrada riqueza, fecundidad y sabrosura. Se dio, pues, esa salsa de oro, que se desató sacudiendo, enfrentando y gozando todas las vivencias que fueron susceptibles de ser sacudidas, enfrentadas y gozadas. La cosa, por eso, se fue en montuno...

Si en el repaso de los años finales de la década de los sesenta, cuando la comunidad de bailarines hacía alusión a un sonido típico y específico de Nueva York, se destacaba la importante participación de Willie Colón, es necesario acordar ahora, cuando nos ubicamos en la época dorada de la salsa neoyorquina, que Willie no solo incrementó su importancia, sino que terminó identificando a buena parte del sonido global de la salsa a su propio estilo y expresión. El trombonista del South Bronx no dejó de marcar pauta, de ser referencia inevitable. En parte porque él nunca abandonó esas características auténticamente salsosas que le dieron vigor en sus comienzos (el tocar siempre para el barrio, sin perderle la perspectiva, sin dejar de entender que es ahí donde siempre está el primer justificativo de su música), y en parte también porque Willie, con el tiempo, afinó la puntería, y disparó siempre al sitio justo, inventando siempre en la onda pertinente, estando, pues, en la jugada, prevenido al bate, antes de que esta se diera.

La vida musical de Willie habría que

dividirla en tres etapas. Una comprendería desde el año 67, cuando publicó su primer disco, *El Malo*, hasta el 71, cuando se dio el primer corte capital producido por la gente que hacía salsa en Nueva York, en especial los que pertenecían al equipo de la Fania. Ya he hablado de este periodo, de cómo Willie, todavía adolescente, se las arregló para imponerse con un estilo que, muy a pesar de las opiniones en contrario, siempre sonó propio, auténtico y efectivo. La segunda etapa arrancó en ese mismo año 71 con el primer volumen de sus "experimentales" *Asaltos navideños*. De ahí en adelante, hasta 1973, cuando Willie disolvió su banda y todo pareció indicar que la vida musical del niño malo había llegado a su fin. La tercera etapa se produjo dos años más tarde, en 1975, cuando Willie reapareció en una experimentación constante, moviéndose en los predios clásicos de la bomba y la plena al lado de Mon Rivera, inventando *ballets* como el del *Baquiné de los angelitos negros*, y apadrinando el sentido más importante y definitorio de la salsa que se perdió la década, el de la llamada "salsa consciente" o "en conciencia", junto al también fundamental cantor panameño Rubén Blades. Tres etapas que, en su medida, también podrían servir como patrón y referencia para todo el desarrollo de la salsa.

Tocada ya la primera, ocupémonos ahora de la segunda, la que todavía se identificaba por el sonido de dos trombones de vara y cantada por Héctor Lavoe. En estos tres años, entre 1971 y 1973, Willie produjo cuatro discos, dos de ellos ya considerados como clásicos por el oído salsoso. En estas cuatro producciones, Willie trabajó desde dos perspectivas muy precisas: por una parte, su empeño en penetrar los sonidos típicos del folclore boricua (bomba, plena, aguinaldo) y, por la otra, el perfeccionamiento cada vez más notorio del sonido agresivo que le había caracterizado en todos sus discos anteriores. Del primer enfoque surgieron los dos discos del *Asalto navideño*, y del segundo los clásicos de *El juicio* y *Lo mato*.

En el caso de los *asaltos*, la tentativa de Willie no era otra que la de lanzar, desde el mundo de la salsa, una nueva visión de la típica música navideña de Puerto Rico. Para hacerlo incorpo-

ró como estrella invitada a Yomo Toro, cuya experiencia como guitarrista de boleros y de música tradicional del Caribe solo era superada por su quehacer en el campo del folclore navideño de su país, donde siempre fue considerado un experto y un auténtico exponente. De esta manera, Willie resolvió, a nivel de instrumentistas, los propósitos básicos de su tentativa: Yomo dio el toque típico y tradicional, mientras él se encargó de agregar todo lo referente al sonido Nueva York. El primer *Asalto* fue todo un éxito de ventas. Nunca se nos confirmó la cifra exacta, pero sí se nos dijo que hasta ese entonces el *Asalto navideño*, volumen I, había sido uno de los discos más vendidos en toda la historia de la compañía. El álbum, por supuesto, tuvo su primera audiencia en el público de la isla y en toda esa vieja generación de puertorriqueños que, a pesar de vivir en Nueva York, jamás se acoplaron al ritmo de la vida norteamericana como si lo hicieron sus hijos. Willie, con esto, se dio el lujo de romper lo que muchos veían como una simple barrera generacional a los efectos de la salsa y, sobre todo, de sus

nuevos intérpretes, básicamente *neuyorricans*. Sin embargo, si este primer *Asalto* se hubiera reducido a un simple rescate de la música navideña de Puerto Rico, el disco, indudablemente, se hubiera visto limitado e inefectivo con relación al mundo global de la salsa. Pero el aporte que hizo Willie de la salsa-salsa sirvió precisamente para obviar este riesgo. Por ejemplo, el primer éxito real que tuvo Willie en Venezuela vino como parte de este disco navideño, aquel saludo a Panamá que todos los bailarines conocieron como "La murga".

El segundo *Asalto*, publicado para la navidad del año 73, no repitió en una medida equiparable el éxito del primero. Y esto fue así porque el tema salsoso de agarre, "La banda", no tuvo el empuje ni el interés de "La murga". Este *Asalto*, sin embargo, superó los matices folclóricos y navideños del primero al permitir que toda una generación de boricuas criados lejos de Puerto Rico pudiera prolongar y mantener una tradición que siempre resultó importante en medio del desarraigo cultural. Las ventajas y los méritos, por tanto, termi-

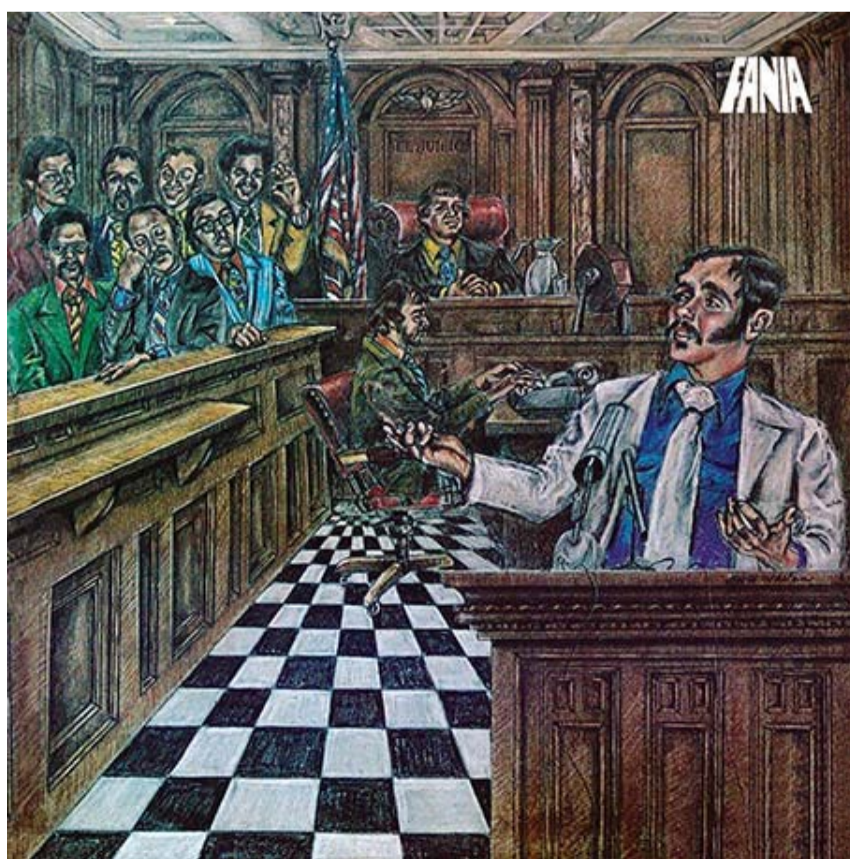
naros equilibrados, no hubo pérdida.

Los otros dos discos que ya se han definido como clásicos, *El juicio* y *Lo mato*, fueron publicados en 1972 y 1973, respectivamente. En ambos se repitieron las carátulas con temas delictivos que desde siempre caracterizaron las producciones de Willie Colón. Incluso, los dos discos navideños, haciéndole honor a eso del "asalto", también se ubicaron en la misma onda. En el primero, Willie, Héctor y Yomo, disfrazados a lo San Nicolás, asaltaban un arbolito navideño; en el segundo el escenario era una bomba de gasolina. En el caso de *El juicio*, la portada se basaba en un dibujo de escasa calidad donde toda la banda era presentada como un jurado fastidiado ante la declaración de Willie, sentado con sus patillas gansteriles en el banquillo de los acusados, frente a Jerry Masucci, vestido de juez, quien, como presidente de la Fania, nunca resistió la tentación de darse publicidad gratuita. La portada de *Lo mato*, por su parte, ya era mucho más agresiva. En ella Willie encañonaba a un viejo canoso, aparentemente indefenso, ante la amenaza de *Lo mato*, *si no compra este LP*.

Estas carátulas siempre trajeron su comentario. Para los enemigos *a priori* de la salsa sirvieron como pretexto fácil para afirmar que la salsa era malandra, que incitaba al malandrado y que, por tanto, era altamente perjudicial. Para otros, para los que la salsa solo podría valer y tener prestigio si era reconocida y asimilada por los públicos exquisitos (latinos o extranjeros) estas carátulas –diseñadas por Izzy Sanabria, el responsable directo de la inmensa mayoría de las carátulas de la Fania– no dejaron de ser elementos perturbadores e igualmente perjudiciales. Para los demás, estas no fueron más que travesuras de Willie, esas ocurrencias irreverentes que lo caracterizaron como alguien más del barrio que, total, siempre estaba en una maldad. Lo cierto es que estas carátulas le dieron una fama exagerada que escasamente respondía a la realidad, por más que Willie, como sucedió aquella vez en uno de sus primeros bailes en Caracas, gustara de resolver algunos de sus problemas personales a golpe limpio. Algunos empezaron a verlo como un súper malandro feroz, y en no pocos casos lo retaron como si se tratara de una especie de Jesse James del barrio moderno, sin entender que toda esa imagen respondía a un mito, a un simple alarde publicitario, en el que los valores se confundían. En 1978, después de que pude establecer un contacto más personal con Willie Colón, comprobé que todas estas poses de maldad que servían para ilustrar sus discos no eran más que la representación gráfica de aquel primario sentimiento, mucho más infantil que juvenil, que definió el quinceañero Willie con aquello de "el malo de aquí soy yo porque tengo corazón...". De alguna manera se intuía que el corazón (el mismo corazóncito de siempre), una vez que era puesto en el barrio, tenía que ser gestado, cultivado y defendido en violencia porque es solo la violencia el primer y último matiz que caracteriza la vida del barrio urbano de nuestros días.

Sin embargo, aprovechar este sentir, bastante certero por lo demás, para afirmar alegremente que la salsa es perjudicial porque es música malandra para malandros es algo definitivamente tramposo y chantajista. Y esto porque la salsa por sí misma podría ser considerada como perjudicial, y porque la salsa solo asume como origen al barrio, en el barrio los malandros, lejos de ser una totalidad, son tan solo una parte, bastante minoritaria, por cierto. Y es necesario hacer hincapié en este aspecto porque no solo los enemigos de la salsa lo utilizaron para descartar a la salsa acusándola de malandra, sino también porque ciertos defensores trasnochados trataron de utilizarlo alegando que la salsa sí era malandra y que eso, precisamente, era lo bueno. Porque eso demostraba una supuesta mayor identificación de la música con el medio que la producía, con lo que estos defensores evidenciaban no solo una demagogia demasiado barata, sino también una ignorancia total de cómo son las cosas y su medida en los predios reales de un barrio.

(Continúa en la página 4)



Para recordar a Willie Colón: fragmento de *El libro de la salsa*

(Viene de la página 3)

Willie Colón, pues, se limitó a cantarle al mundo del cual provenía, y maduró sus apreciaciones y valoraciones sin caer en la tentación de los alardes inútiles o de las demagogias fáciles. De aquella primera postura de *El Malo*, Willie daría en 1973 en *Lo mato* este tema que desde un primer momento nos pareció maestro y muy importante, “Calle Luna, calle Sol”, una definición ya mucho más precisa del barrio, de su vida y de sus riesgos. La letra reza así:

Calle luna, calle sol

Mete la mano en el bolsillo,
Saca y abre tu cuchillo
Y ten cuidao.
Póngame oído:
En este barrio muchos guapos lo han matao.
Calle Luna, calle Sol (bis) (Coro).

Oiga, señor, si usted quiere su vida
Evitar es mejor o la tiene perdida.

(Coro)

Mire, señora,
Agarre bien su cartera,
No conoce este barrio
Aquí asaltan a cualquiera.

(Coro)

En los barrios de guapos
No se vive tranquilo,
Mide bien tus palabras
O no vales ni un kilo.

Camina pa'lante
No mires pa' los laos... (montuno)

Las calles Luna y Sol son dos calles estrechas y empedradas que corren paralelas por el viejo San Juan. La tradición les atribuye el carácter de peligrosas porque estaban saturadas de bares y de casas de mala muerte, donde eran asiduos los borrachos, las prostitutas, los vidadores y los asaltantes de callejón. Luce evidente que el riesgo que pueden representar estas dos calles es minimizado ante los auténticos peligros que supone cualquier callejón solitario y anónimo de esas zonas que en Nueva York simplemente se conocen como el barrio. En fin, algunas cuerdas de estas pintorescas calles sanjuaneras pueden ser pisadas por no pocos turistas curiosos, que ni siquiera por equivocación osarían penetrar los lugares del South Bronx o uno cualquiera de los muchos barrios que se esconden, cerro adentro, en Catia o Petare. Sin embargo, Willie prefirió ubicar su música en las viejas calles boricuas porque estas, evidentemente, le permitían jugar más con la tradición de la violencia, haciendo mucho más global su canto, sacándolo de un contexto circunstancial para imprimirle una fuerza que iba mucho más allá de las anécdotas y las estadísticas.

El viejo son cubano está lleno de referencias a la guapería. Un guapo bastante peculiar que reducía toda su fama a los alardes grandilocuentes de todas las mujeres que había tenido y que seguiría teniendo, y a su supuesta capacidad para resolver todos los problemas de la vida cotidiana a trompazo limpio en un rincón cualquiera de un botiquín. De este guapo, sin embargo, tan solo quedaría el recuerdo una vez que el barrio feliz donde él vivía fuera arrasado por la marginalidad y las penurias económicas. La guapería, por tanto, dejó de ser un simple alarde para convertirse en un hecho concreto que amenazaba apareciendo inesperadamente a la vuelta de las esquinas y callejones. La violencia, así, desbordó el mero anecdótico para hacerse diaria e inevitable. El guapo ya era otro, aunque las calles por las que se moviera siguieran idénticas a las de siempre. Willie Colón, entonces, aprovechó esta continuidad dibujando la violencia y el riesgo de hoy en la calle de ayer, entendiendo que el mismo sitio siempre ha estado plagado de guapos, de personajes que el tiempo ha ido modificando en una masa desigual y miserable de insistentes perdedores.

Junto a “Calle Luna, calle Sol”, el disco *Lo mato* también incluyó otro tema que inmediatamente adquirió un carácter de especial importancia y significado: “El día de mi suerte”, una bomba que también compusiera y arreglara el propio Willie Colón. En este caso el barrio no es visto desde sus amenazas, sino desde sus expectativas, ese mundo de ilusiones y esperanzas que, al igual que la violencia, persiste con una insistencia desbordada en la vida co-

tidiana. En esta bomba Willie, tal como hizo con “Calle Luna...”, se limita a retratar la experiencia, a repetir la frase diaria, a proclamar una vez más esa certeza desesperada de que el día de la suerte llegará, que algún día antes de la muerte, muy a pesar de todas las frustraciones acumuladas, esa suerte llegará; así de simple, con un empeñamiento tan necesario como inevitable:

El día de mi suerte

Pronto llegará el día de mi suerte,
Sé que antes de mi muerte
Seguro que mi suerte cambiará (Coro).

Cuando niño mi mama se murió,
Solito con el viejo me dejó,
Me dijo: “Solo nunca quedarás”
Porque él no esperaba una enfermedad.
A los diez años papa se murió,
Se fue con mamá para el más allá,
Y la gente decía al verme llorar:
“No llores, nene, que tu suerte cambiará”.
¡Ay, cuándo será!

(Coro)

Esperando mi suerte quedé yo,
Pero mi vida otro rumbo cogió
Sobreviviendo en una realidad
De la cual yo no podía ni escapar.
Para comer hay que buscarse el real,
Aunque sea regla de esta sociedad,
Para la que se pide mi amistad,
No te apures que tu suerte cambiará.
¡Oye verás!

(Coro)

Ahora me encuentro aquí en mi soledad
Pensando qué de mi vida será,
No tengo sitio dónde regresar
Y tampoco a nadie quiero ocupar.
Si el destino me vuelve a traicionar
Te juro que no puedo fracasar,
Estoy cansado de tanto esperar
Y estoy seguro que mi suerte cambiará.
¡Ay, cuándo será!

(Coro)

Sufrí la parte de mi vida ya
Sin un complejo de inferioridad,
Por eso no me canso de esperar,
Pues sé que Dios a mí me ayudará.
Y el día que eso suceda, escuche usted,
A todo el mundo yo le ayudaré,
Porque tarde o temprano usted verá
Cómo el día de mi suerte llegará.
¡Ya lo verá!

(Coro)

Muchas veces me pongo a contemplar
Que nunca yo a nadie he hecho mal,
Por qué la vida así me ha de tratar
Si lo que busco es la felicidad.
Trato de complacer a la humanidad,



WILLIE COLÓN (1982) / ©VASCO SZINETAR



WILLIE COLÓN (1982) / ©VASCO SZINETAR

Pero aunque mi dicha ha sido fatal,
No pierdo la esperanza de luchar
Y seguro que mi suerte cambiará.
¡Pero cuándo será!

(Coro)

Esperando la vida he de pasar,
Este martirio no podré aguantar,
Y pregunto hasta cuándo durará,
También si lo podré sobrellevar.

Si el destino me vuelve a traicionar,
Te juro que no puedo fracasar,
Estoy cansado de tanto esperar
Y estoy seguro que mi suerte cambiará.
¡Pero cuándo será!

Dado el hecho de que aún en 1973, cuando fue publicado *Lo mato*, la salsa todavía no había adquirido el apoyo radial y periodístico que se le conocería a partir del famoso *boom*, ni “Calle Luna...” ni “El día de mi suerte” habían sido considerados como *éxitos en popularidad* (frase fanfarrona que suelen acuñar los promotores de discos). Y esto, simplemente, porque aun cuando el álbum logró superar todas las expectativas de ventas, el mismo, al menos en el caso venezolano, jamás recibió ni apoyo ni difusión por parte de los expertos. Sin embargo, ambos temas rápidamente fueron asimilados por los seguidores de la expresión, y sus coros y letras se convirtieron en parte de un refranero particular que desde ese tiempo ya identificaba a los salsosos. Willie, por tanto, había dado en el sitio justo, brindándole a la audiencia que lo seguía lo que ella realmente exigía y necesitaba. Y así se volvía a evidenciar ese detalle que no pocos personajes del medio radial y publicitario han negado insistentemente: las auténticas manifestaciones de la música popular, pese a que pueden ser beneficiadas de manera considerable por cierto apoyo publicitario, nunca necesitan de este; total, el público, a la larga, siempre sabe reconocer lo que realmente le pertenece y con lo que efectivamente se identifica. Además, se sabe que las fulanas listas de *éxitos de popularidad* suelen ser trampas promocionales en las que abundan los advenedizos y los oportunistas de la música popular. Obviamente, cuando el *boom* desbordó los propios medios publicitarios, toda la salsa, la buena y la mala, empezaría a colmar las listas en cuestión. Pero lo que nos interesa seguir destacando es lo otro, que la música que verdaderamente importa jamás se ha visto limitada o sometida por el alarde de la publicidad, y “Calle Luna, calle Sol” y “El día de mi suerte” son un buen ejemplo de ello. ☺



HOMENAJE >> WILLIAM ANTHONY COLÓN (1950-2026)

El sello de Willie Colón en Venezuela

"En 1998 Colón logró otra marca, imbatible 28 años después. El 19 de julio, en el aeródromo La Carlota una multitud calculaba en 160 mil personas se congregó para disfrutar del 'Festival en la base', organizado por Amnistía Internacional y la televisora estadounidense MTV. La defensa de los derechos humanos era la divisa"

VÍCTOR SUÁREZ

En diciembre del 71 estalló "La murga", la murga de Panamá, en el álbum *Asalto navideño*. Aunque en Caracas sonaba mucho su nombre en la radio, la presentación en vivo en Venevisión (*Sábado Sensacional*, Amador Bendayán) fue su catapulta de lanzamiento en Venezuela, con Héctor Lavoe a su lado.

En 1977 el Poliedro estaba full, Willie apareció muy flaco, en franelilla blanca estampada, cabello rulo y barba joven. Lanzaba el álbum *Metiendo mano*, el primero en la voz de Rubén Blades.

En 1979 llegó tres veces a Caracas, una con Fania All Stars (voz solista en "Y yo sin poderte hablar"), otra con Rubén Blades (lanzamiento del disco más vendido, *Siembra*), y la tercera con Héctor Lavoe para presentar el álbum *Recordando a Felipe Pirela*, el bolerista de América.

El 6 de agosto de 1982, el Poliedro reventó: Soledad Bravo y Willie Colón presentaron el álbum *Caribe* un experimento que resultó un éxito. Soledad venía de otro mundo musical. Esa noche Willie abrió con "Oh, qué será", original de Chico Buarque, y Soledad le replicó con "Déjala bailar", obra del mismo célebre autor brasillero. Luego Willie le dio duro a la hispana criolla, con "*Amor verdadero*", pero esta no se amilanó: lo que maravilló al público y a la crítica fue el arreglo salseero que Colón le había hecho a "Son desangrado", que el cubano Silvio Rodríguez había ideado para incluirlo a inicios de ese mismo año en su álbum *Unicornio* y con el que Soledad, de batola nacarada y timbre en el Himalaya, perforó la cúpula del Poliedro.

Willie Colón había formado parte del *staff* de Fania All Stars, en su primera visita al país el 7 de junio de 1974, pero su trombón estaba de tercero en la alineación, detrás de los virtuosos Barry Rodgers y Lewis Khan. El empresario Jesús Enrique Antón, exdirigente sindical de Fetrasalud, había decidido realizar ese concierto en el Nuevo Circo, a pesar de que el Poliedro de Caracas había sido inaugurado tres meses antes. Anteriormente Antón había promovido el Primer Festival Mundial de la Salsa, en el antiguo Palacio de los Deportes, en cuya organización de los conciertos y la edición de una revista alusiva intervinieron los periodistas Rómulo Rodríguez (+) y Víctor Suárez.

Entrados los 80, Willie Colón ya tenía plaza establecida en el país, como director de orquesta y como cantante solista. "Venezuela fue el primer país que me aceptó como solista", agradeció años después.

De pronto, en 1986, apareció en plan de actor en la telenovela *La Intrusa*, un *remake* de *La Usurpadora*, protagonizada por Mariela Alcalá y Víctor Cámara. Montó en ella el tema principal ("¿Quién eres tú?"), compuesto por Luis Guillermo González, presentador y autor de bandas sonoras en RCTV. Y también cantó en escena una versión de "Manantial de corazón", del gran Jordano.

Su nombre había penetrado en el gusto local, ya sin la catapulta de Lavoe, a partir de una maroma musical que culminó en fracaso comercial. En 1977 lanzó el álbum *El baquiné de angelitos negros*, con una formación de diez cuerdas (cinco violines, dos chelos, un bajo eléctrico, un contrabajo, guitarra y cuatro puertorriqueño), para un total de 30 ejecutantes de alta factura. Colón estaba buscando alternativas a su música disruptiva que ya entonces consideraba "tradicional". La *disc-music* presionaba bastante. Trataba de romper los puentes que él mismo había construido diez años antes, a partir de su debut con el álbum *El Malo*. Quería más fusiones, aflorar más raíces, mayor complejidad. Fania se lo permitió. *El baquiné* estaba inspirado en el poema "Píntame angelitos negros", considerado en América hispana un himno contra la discriminación racial, original del venezolano Andrés Eloy Blanco. Fue la banda sonora de un programa de la televisión pública de Nueva York. La batería de trombones, trompetas, saxo y percusión era tan poderosa como la habitual de Fania



WILLIE COLÓN (1982) / ©CARLOS HERÁNDEZ

All Stars. De allí salió, por ejemplo, "Camino al barrio", con los solos magistrales del panameño Vitín Paz, considerado la mejor primera trompeta de todo el barrio hispano. El cumanés Andrés Eloy nunca había clamado tan alto como en este baquiné, el de los ritos ancestrales ante el fallecimiento de un *infante dipinto di nero*.

"Ese poco conocido disco es una muestra del riesgo que Willie estaba dispuesto a asumir para satisfacer su curiosidad por encontrar nuevos caminos, aún a expensas de las demandas que el éxito comercial imponía a su carrera", estampó Rubén Blades en su ya antológico obituario.

Ampliación

Una rareza, también de poco recorrido comercial pero sí de alta significación para los músicos y deudores patrios, ocurrió en 1979. Willie Colón produjo el quinto disco en solitario de Héctor Lavoe, *Recordando a Felipe Pirela*, bolerista maracucho que había sido asesinado en Puerto Rico en 1972. Se trata del único cantante al que Lavoe le tributó un álbum completo. En 1975 había imitado al cantante típico puertorriqueño Chuíto el de Bayamón (Jesús Sánchez Erazo) en la espectacular "Qué bien te ves". En 1976 participó en el agasajo que la Fania le rindió a Tito Rodríguez ("Cuándo, cuándo, cuándo"). En el homenaje en Caracas al Bolerista de América, por RCTV, cuando los violines de la sinfónica caraqueña entraron y Lavoe sobrio tomaba el micrófono para entonar "Sombras nada más", apareció un atildado Colón para hacer el dúo. Orlando Urdaneta animó esa fiesta que parecía un funeral en diferido.

A comienzos de los noventa, en *Supersábado Sensacional*, por Venevisión, triunfaba Yuyito, vedette argentina que ponía la torta cada vez que intentaba bailar salsa. Era un desastre, incapaz de sincronizar la cintura y los hombros a la hora de atacar el guaguancó. El cantautor maracucho Amílcar Boscán se inspiró en sus torpezas para escribir "Talento en televisión". Se la entregó a Willie Colón y en 1993 apareció su tercera producción más vista en redes sociales (355 millones de reproducciones).

En 1998 Colón logró otra marca, imbatible 28 años después. El 19 de julio, en el aeródromo La Carlota una multitud calculaba en 160 mil personas se congregó para disfrutar del "Festival en la base", organizado por Amnistía Internacional y la



televisora estadounidense MTV. La defensa de los derechos humanos era la divisa. Casi todas las expresiones musicales, dominantes entonces, airearon sus pergaminos en los atriles. Colón y Blades se reunieron allí por primera vez en un concierto 16 años después de su separación profesional. En noviembre y diciembre se realizarían elecciones parlamentarias y presidenciales, las últimas bajo los cánones de la Constitución de 1961. La democracia se estaba despidiendo y la salsa estaba en el mismo proceso.

El cartel incluyó además a Aterciopelados, Los Fabulosos Cadillacs, Os Paralamas do Sucesso, Los Pericos, Desorden Público y Un Solo Pueblo.

Doce horas de música continua. Y cuando llegó la aurora llena de goce fundidas estaban tu alma y la mía, como concluye el verso en "Idilio", la mágica composición del boricua Alberto Titi Amadeo Rivera en 1938, que Colón convirtió en éxito tal que la grabó en 1993 (en todo el mundo para entonces solo había 14 millones de usuarios de Internet y 130 páginas web) y a la fecha actual acopia 366 millones de visualizaciones en línea.

En La Carlota, a Rubén Blades le ocurrió un percance mientras interpretaba "Plantación adentro", de Tite Curet Alonso. Perdió la letra, se saltó el estribillo. Camilo Manrique falleció, camará. Esa canción la habían estrenado juntos 20 años antes en el Poliedro. De inmediato, sin sobresaltos, Colón mandó a parar los metales y ordenó a los cueros bajar el volumen del toque. Al poco se emparejaron y Blades recobró el *tempo*. Casi nadie se enteró de nada.

Esa noche parecía que mucho rescoldo quedaba de sus viejas disputas. Pocas miradas, un par de abrazos diplomáticos. No volverían a compartir tarima nunca más.

Eso sí, Willie aguantó las casi dos horas de concierto. En sus tiempos lustrales, Lavoe le exigía, le arreaba un enérgico "guapea, Willie Colón", cuando parecía que languidecía el solo de trombón. Otros músicos a veces también se tomaban esa licencia, pero quizá en otro sentido.

El escritor y periodista colombiano Alberto Salcedo Ramos tiene una teoría acerca del sentido de la "guapería" en Willie Colón.

Según él, Antonia Pintor, la abuela puertorriqueña que lo crió, le habló desde el principio de la importancia de "la guapería".

—Willie: en el mundo el que no guapea, no sale adelante, mijo.

Guapear, en el Caribe, dice Salcedo Ramos, es frentear a los que vienen a montarla. Si en el colegio un niño más grande te atraviesa el pie para que te caigas, tienes un problema y debes resolverlo. Puede que al guapear pierdas la pelea, pero eso sí: te ganarás el respeto y nunca más volverán a joderte.

"Willie siguió el mandamiento al pie de la letra, y se hizo respetar en el duro sur del Bronx.

Su abuela le enseñó otra acepción del verbo 'guapear': plantarse firme ante las dificultades. Tratar de convertirlos en un reto. Si hay hambre, guapeas; si se demoran las oportunidades, guapeas. Fue lo que él hizo. Cuando empuñó el primer trombón descubrió que a punta de música podría transformar su realidad. Eso tam-

bién fue guapear.

Entonces se volvió un virtuoso, y así llegó a la cuarta acepción del término: guapear es también mostrar una solvencia casi ofensiva en lo que se hace. Cuando Willie hacía música, su enorme música, su inolvidable música, llegaba a unas alturas que a los demás les quedaban muy lejos.

Y por eso, cuando Willie se saca de la manga uno de sus solos sublimes y los demás le pedimos que guapee, lo que estamos haciendo es celebrar su incomparable genio creativo".

El escritor y periodista venezolano César Miguel Rondón, que ha estado tras de la huella de Colón desde inicios de la década del setenta, no cree en "solos sublimes". En su programa en YouTube, en la emisión con motivo del fallecimiento del duro del Bronx, señaló que Willie no tenía una gran formación musical, como Mario Bauzá, Tito Puente o René Hernández, por ejemplo, pero era osado y ambicioso. "En el concierto en el Cheetah en el 71, dijo, era el tercer trombón de las Fania All Stars, y lo fue porque era el menos virtuoso de los tres (junto con Barry Rodgers y Reinaldo Jorge)... Era un trombonista solvente, hacía muy bien el trabajo, afinado, pero no es que era... (en ese instante Rondón levanta las manos y eleva las cejas como diciendo "la verga de triana").

Esa multitud congregada en La Carlota, el doble de la que asistió al concierto de Fania en Zaire y cuatro veces más que la del Yankee Stadium en 1973, indicaba que el nuevo sonido del Caribe había labrado un arco que inició el mismo Colón en el gueto del Bronx, y que ahora rendía cartelas a toda vela, con Colón de nuevo al frente, en Caracas. A partir de allí la salsa, como industria, se replegó.

Sin embargo, Colón no naufragó. Durante los siguientes 30 años se mantuvo en tarima.

En 2008, se presentó en el Aula Magna de la UCV. Ya le había declarado la guerra al régimen chavista, pero sin abandonar la plaza. Lo hizo después, con Maduro sucesor.

En octubre de 2011, con motivo del Día de la Hispanidad, en Madrid, le vi por última vez. Cerraba la quinta edición del festival VivAmérica en una Plaza de Cibeles desbordada. Jornada extraordinaria que amalgamó todos los colores latinos con todos los sabores de la Madre Hispania. No le habían visto en acción desde 1985, en ocasión del festival "Llegó la salsa".

Cuando los españoles asistentes, la mayoría, escucharon este verso, sintieron al unísono que Colón era de los suyos:

*Sé que nunca fuiste mía
Ni lo has sido ni lo eres
Pero del mío un corazón
Un pedacito tu tienes.*

Entonaba "Gitana", una de las obras más celebradas del músico y cantante flamenco "Manzanita" (José Ortega Heredia, fallecido en 2004).

Esa noche bailé como nunca, al aire libre. Fue mi primera celebración en grande después de haber salido con vida de una exitosa triple intervención quirúrgica sin la que no hubiera podido seguir cantando y cantando.

Gracias, Willie. ☺

OPINIÓN >> ESPECTÁCULO Y POLÍTICA

Bad Bunny en el Súper Tazón: orgullo, resistencia y afirmación latina

"En tiempos en que la conversación pública insiste en decidir quién pertenece y quién no, el mensaje implícito del espectáculo fue claro: estamos aquí, siempre hemos estado aquí, y somos parte esencial del tejido de este país. Esa afirmación dialoga con el clamor del cantautor panameño Rubén Blades en 'Plástico' (1978) y, más recientemente, con el trabajo del rapero puertorriqueño Residente en 'This Is Not America' (2022), donde ambos cuestionan las fronteras simbólicas de la identidad y la apropiación excluyente del término 'América'"

WLADIMIR MÁRQUEZ Y CAMILO PÉREZ

En medio de un clima social marcado por la polarización política, el endurecimiento del discurso migratorio y la ansiedad colectiva sobre el futuro del país, ver a un artista puertorriqueño cantar mayoritariamente en español en el evento mediático más visto del mundo fue un acto cargado de simbolismo.

Cuando Bad Bunny apareció en el escenario del medio tiempo del Súper Tazón, no solo estaba en juego la representación latina en el espectáculo más visto de Estados Unidos, sino algo más profundo: el imaginario colectivo de lo que significa "América". Y es que el Súper Tazón ha sido durante décadas un ritual de identidad nacional. El medio tiempo, su vitrina: el lugar donde el país se mira y se narra. Que allí sonaran el reguetón, la salsa y la cadencia caribeña, sin traducciones ni concesiones, es una señal poderosa de que la identidad estadounidense ya no puede pensarse sin su raíz latina.

Bad Bunny no suavizó su acento ni diluyó su estética. Al contrario: abrazó lo boricua, lo caribeño y lo latino con orgullo visible. Las referencias visuales a Puerto Rico, a la cultura popular, a los ritmos urbanos nacidos en barrios marginados y la celebración abierta de la diversidad cultural funcionaron como una declaración política, aunque no estuviera redactada en forma de discurso partidista.

La reacción crítica de algunos sectores conservadores confirmó, precisamente, la relevancia sociopolítica del momento. No importa aquí tanto el catálogo de frases indignadas como lo que esas frases dejan ver: cuando la representación latina incomoda, lo que está en disputa (más allá del gusto musical) es el poder simbólico de quién tiene el derecho de definir lo que cuenta como "americano".

En tiempos en que la conversación pública insiste en decidir quién pertenece y quién no, el mensaje implícito del espectáculo fue claro: estamos aquí, siempre hemos estado aquí, y somos parte esencial del tejido de este país. Esa afirmación dialoga con el clamor del cantautor panameño Rubén Blades en "Plástico" (1978) y, más recientemente, con el trabajo del rapero puertorriqueño Residente en "This Is Not America" (2022), donde ambos cuestionan las fronteras simbólicas de la identidad y la apropiación excluyente del término "América".

Hacia el cierre del performance, el gesto fue aún más elocuente: mientras recitaba el nombre de los países del continente, sostuvo un balón de fútbol americano con la frase "Juntos, somos América" y dejó como fondo una pancarta que recordaba que "lo único más pode-



FOTOGRAMA DE BAD BUNNY'S APPEL MUSIC SUPER BOWL HALF TIME SHOW

roso que el odio es el amor". Esa frase no podemos leerla solo como consigna emotiva, sino como redefinición geopolítica y cultural: América no como sinónimo exclusivo de Estados Unidos, sino como territorio plural, diverso y compartido.

Adicionalmente, para millones de latinos en Estados Unidos –muchos de ellos hijos e hijas de migrantes– la escena tuvo una carga emocional particular. Escuchar español en el centro del espectáculo más visto del año rompe con décadas de presión para "encajar" a costa de borrar acentos, palabras y memorias. Es un recordatorio de que el bilingüismo no es una amenaza, sino una riqueza cultural: aquí también se habla español, y no debería sentirse vergüenza o miedo por hacerlo.

El performance también dialogó con una tradición histórica de la música puertorriqueña como forma de protesta y resistencia: desde la salsa neoyorquina, pasando por el hip hop en español, hasta el reguetón caribeño. En ese linaje, la música opera como un espacio donde se nombran desigualdades, precariedades, violencias, discriminaciones. Pero es, también, un espacio de goce donde se afirma la vida: la alegría como resistencia, el baile como supervivencia, el barrio como identidad.

La música se nos presenta, entonces, como un espacio infrapolítico: el *locus* de esas *playful protests* que recuerdan a las bacanales griegas o al carnaval que subvierte jerarquías, que pone patas arriba el orden hegemónico. Cuando el sujeto no puede hacer frente al poder de modo frontal –porque se expone, vulnerable, a la violencia del propio poder– recurre a lo oblicuo. Y lo oblicuo funciona, sobre todo, por acumulación: un efecto que, poco a poco, va minando desde adentro, desintegrando los pilares de lo hegemónico.

Parece una contradicción, pero no lo es: lo oblicuo no se define por su marginalidad, sino por su modo de enunciación. Ocurre en el centro, sí, pero habla en clave; entra como goce para no ser leído como amenaza. En ese senti-

do, lo oblicuo puede habitar el centro sin dejar de serlo: el carnaval no se instala fuera del orden, lo toma por asalto desde adentro. La fiesta funciona como máscara –como coartada–: "solo entretenimiento", "solo ritmo", "solo alegría". Pero esa máscara es, justamente, la condición de posibilidad de su eficacia.

Y aquí se abre otra arista decisiva: la lengua. El espectáculo del Súper Tazón se sucedió mayoritariamente en español, es decir, en una lengua que el centro tolera mientras la imagine doméstica, traducible, "folklórica" o deficitaria –como si el problema no fuera que no hablamos inglés, sino que hablamos español–; una lengua que se vuelve subalterna solo cuando el poder decide leerla así, y que se vuelve insolente cuando no pide permiso, cuando no se ofrece en versión doblada de sí misma. La alegría viste la máscara de la ligereza, pero no es así: en español, esa alegría no solo celebra, también insiste; no solo entretiene, también afirma presencia, pertenencia, derecho a aparecer sin traducirse.

Bad Bunny, heredero de esa genealogía carnavalesca, no solo llevó esos sonidos al escenario más grande del país: llevó consigo una historia colectiva de comunidades que han tenido que pelear por existir sin traducirse; por convertir lo "popular" en un acto de poder cultural. En ese gesto continúa el capítulo que Larry Harlow abrió con *Nuestra Cosa Latina / Our Latin Thing* (1972): al visibilizar la presencia latina en Nueva York, afirmaba que la música era –y sigue siendo– un espacio de enunciación política, memoria y pertenencia.

Más aún, desde ese mismo espacio infrapolítico, el espectáculo del medio tiempo interpelló –y de paso descolocó– a cierta intelectualidad latina que resintió la "histórica alegría" (como si estuviéramos otra vez ante Carmen Miranda) y que leyó la caña de azúcar, la economía de plantación, como cifra reductora de lo puertorriqueño (y por extensión, de "lo latino").

Conviene, además, mirar ese recurso con más precisión. La caña de azúcar –la econo-

mía de plantación– no aparece aquí como postal folklórica ni como nostalgia barata: aparece como memoria material y, al mismo tiempo, como campo de batalla. De ahí el jibaro en primer plano. No como "esencia" pacificada de lo puertorriqueño, sino como figura contenciosa, disputada: un modo de decir "aquí hubo (y hay) país" frente a otros guiones de modernización.

Porque ese jibaro se recorta –por contraste– frente al tecnócrata urbano que habla el idioma de los decretos y las exenciones: el modelo de incentivos a la manufactura (con la industria farmacéutica como emblema histórico) y sus promesas de desarrollo, tantas veces repartidas de manera desigual. Y, más recientemente, se recorta frente a la lógica del capital móvil que llega, se asienta, desplaza: la ola de exenciones que atrajo fortunas externas (incluida la economía cripto) y que, según sus críticos, aceleró dinámicas de gentrificación y desposesión. "Me quieren quitar el río... el barrio... y que la abuelita se vaya". Ahí, de nuevo, la alegría funciona como máscara: entra cantando, pero está diciendo otra cosa.

Pero ahí es donde se les va la mano a esos lectores: pierden de vista que no estamos ante una repetición, sino ante un desplazamiento.

Lo que aparece aquí es otra cosa: algo que recuerda, salvando las distancias, el tránsito de una cultura romana hegemónica hacia una cultura más atomizada, más fragmentaria, que no nace en el centro sino en los bordes, desde abajo, y que –sin pedir permiso– trepa a las alturas de la alta cultura. Se trata, pues, de una nueva cultura romance, latina, que viene a deconstruir lo hegemónico con agencia: con ese empoderamiento que proviene, precisamente, de asumirse vulgar. Y "vulgar" aquí no como insulto, sino en su sentido etimológico: del latín *vulgaris*, lo relativo al vulgo, a lo común; lo que usamos todos y compartimos todos; aquello en lo que, nos guste o no, todos terminamos por reconocernos.

El medio tiempo del Súper Tazón LX pasará a la historia como uno de los más comentados. Pero para la comunidad latina, su relevancia no se medirá únicamente en *ratings* ni en tendencias digitales. Se medirá en la sensación colectiva de orgullo, en la validación simbólica y en el recordatorio –que a veces hace falta recordar– de que nuestras lenguas, nuestros ritmos y nuestras historias también ocupan el centro del escenario.

El contexto no puede ignorarse. El país atraviesa debates intensos sobre inmigración, ciudadanía, derechos civiles y desigualdad económica. Para muchos latinos, el clima social se siente hostil e incierto. En ese marco, el espectáculo funcionó como momento de afirmación colectiva: ver a uno de los suyos dominar el escenario global genera una sensación de pertenencia que va más allá del entretenimiento. La cultura, en tiempos de tensión política, se convierte en refugio y en resistencia. Aquella noche, bajo las luces del estadio, Bad Bunny hizo ambas cosas. Y hoy día, ese tipo de gesto importa más de lo que parece. ●

*Los autores forman parte de Regis University (Denver, Colorado).



DEBÍ TIRAR MÁS FOTOS.

PERIODISMO RADIAL >> CONVERSACIÓN SOBRE ALFONSO REYES (1889-1959)

David Noria: “Hay que reorganizar la esperanza”

La entrevista que sigue fue realizada por Jordi Batallé López, para su programa en Radio Francia Internacional, el 18 de febrero de 2026

JORDI BATALLÉ LÓPEZ

¿Qué tal? Buenas tardes. Me estaba preguntando qué diría el escritor mexicano Alfonso Reyes si se levantara hoy de la tumba. Imagino en alguien cuya vida giró en torno de la defensa de la cultura universal y el humanismo como base del conocimiento pondría sin duda el grito en el cielo. Nuestro invitado de hoy, el escritor mexicano David Noria dedica un magnífico ensayo a sus dos años como embajador de México aquí en París.

Entrada: El 17 de mayo de 1889 nace Alfonso Reyes en Monterrey, Nuevo León. Fue poeta, ensayista, humanista y diplomático. Desde joven mostró interés por la literatura y en 1901 comenzó a escribir poesía. Fue miembro destacado del Ateneo de la Juventud, donde coincidió con figuras que incluyeron en su obra, como Antonio Caso, José Vasconcelos y Diego Rivera. Fundó la Universidad Popular y fue miembro fundador del Colegio Nacional. Fue presidente de El Colegio de México durante casi 20 años y lideró sin pausa ni descanso esta importante iniciativa cultural y académica. Reyes representó a México como diplomático en Francia, España, Brasil y Argentina. Recibió importantes reconocimientos nacionales.

Muy buenas tardes, David. Buenas tardes, Jordi. Bienvenido. Gracias por la invitación.

Imagino que un intelectual como Reyes, que participó en lo que fue el germen de la Unesco en los años 20, no aceptaría tan fácilmente la situación actual, ¿no?

Reyes diría que hay que reorganizar la esperanza, para utilizar una expresión de la época. Como bien recuerdas Reyes fue el encargado de promover el ingreso de México al Instituto de Cooperación Internacional, que después se convertiría en la Unesco y también de preparar el ingreso de México a la Sociedad de Naciones.

En esa época todavía estaba fresca la Primera Guerra Mundial, ¿no?

Y en ese contexto México, como país, está en entredicho por las potencias europeas. Así que le corresponde a Alfonso Reyes llegar a París y dar la mejor imagen posible de un México moderno, pero un México que ha pasado por la Revolución y que tiene mucha cultura que compartir con los pueblos de Europa.

Por supuesto que sí. El papel de la educación y de la lengua son capitales en la obra de Reyes. Imagino que tú también los compartes. Hace un año publicabas *Nuestra lengua. Ensayo sobre la historia del español*. Es importante conocer de dónde salen las palabras.

La defensa de la lengua es parte fundamental de toda construcción nacional, y más que nacional de lo que llamamos una región y una civilización. Este libro que mencionas fue publicado por la Academia Mexicana de la Lengua y la UNAM y ahí, precisamente, intento explicar en cien páginas la historia de la lengua española. Y tiene un prólogo, debo decirlo, de Francisco Javier Pérez, secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española.

Tu segundo libro, *Bajé ayer al Pireo: estudios helénicos*, es una continuación lógica de ese interés por la lengua y la cultura primigenia.

El centro de ese libro gira alrededor de la figura del historiador griego Tucídides, a quien dediqué mi trabajo de



EL EMBAJADOR ALFONSO REYES Y SU LEGACION EN LA FERIA DE PARIS, STAND DE MEXICO 1926 - L. SANTERRE

maestría. El interés es de ver cómo la labor historiográfica tiene siempre un alcance narrativo y otro que podemos llamar científico, pero jamás desligados uno de otro.

Hay que escribir novelas cuando se es historiador.

Hay que hacer una fábula, una fábula contrastada con los documentos.

Pero cuántanos, David, ¿qué te llevó a investigar sobre la estancia de Alfonso Reyes aquí en París y sobre todo dedicarle un ensayo?

Alfonso Reyes está en el cimiento de la cultura mexicana contemporánea, y vemos que él formó parte de sucesivos gobiernos que buscaron una vía que fuera original para México en términos de soberanía, de identidad, de cultura propia y que a la vez expresaran, como un canal privilegiado, la conciencia iberoamericana. Reyes está en primera línea en esa batalla al lado de otros grandes intelectuales latinoamericanos, como pueden ser en Colombia Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas en Venezuela, Gabriela Mistral en Chile, el propio Pedro Henríquez Ureña de República Dominicana, para dar algunas referencias. Y en España había todo el interés también en este sentido compartido por Miguel de Unamuno, por ejemplo.

Su abuelo era general y lo mataron en un golpe de Estado, ¿no? Eso lo marcó seguramente.

Era el padre mismo de don Alfonso que fue ministro de guerra de Porfirio Díaz. Se decía que iba a ser el candidato y fue también gobernador del estado de Nuevo León, un estado muy prominente en México. Entonces Reyes, Alfonso Reyes, era un joven príncipe, cuando asesinan a su padre en la Revolución mexicana, y ahí su destino cambia y logra conciliar esa responsabilidad y ese patriotismo que viene en la sangre y en la familia con unas peripecias que son propias de su trayecto vital y que él sabrá perfectamente conjuntar.

¿Qué significó para Reyes ser nombrado embajador en París? Porfirio Díaz, del que nos hablabas, está enterrado en el cementerio de Montparnasse.

Significó, sin duda, uno de los más grandes honores que pudo tener en la vida. Reyes, como toda esta generación de latinoamericanos, nacidos en los años 1880, es un perfecto francófilo y francófono. Reyes seguramente venía deseando esta nominación, trabajando por ella también, y al ver con los documentos inéditos que hemos recogido en este libro en qué consistió su labor, no podemos sino admirar la eficacia de su embajada.

Para un embajador de carrera diplomática París es el número uno en el pódium, ¿no?

Así lo creo, y ciertamente en los años 20 de hace un siglo también.

El papel de embajador ha dado muchos escritores, estoy pensando en Carlos Fuentes que compartió

la misma embajada que Reyes, curiosamente, Sergio Pitlor en Praga o incluso, bueno, tantos otros, Unamuno no, pero Neruda sí que fue embajador de Chile.

Claro, y antes tenemos dos figuras señeras, que son Rubén Darío, el nicaragüense, ídolo y figura emulada de toda esta generación que hemos mencionado, poeta y diplomático, y luego en México, Amado Nervo. Así que Reyes se inscribe en ese linaje que ha tenido, sucesivamente, los representantes que tú has mencionado y otros como Octavio Paz.

Por supuesto, no hay que olvidarle. Aquí en París conoció muchos escritores, se movía en el mundo intelectual parisino, pero sobre todo a Miguel de Unamuno ¿no?, que compartió su pasión por Proust, también Proust había fallecido ya naturalmente hacía años.

Compartieron un gusto literario, pero también una posición y una pasión política, es decir que Unamuno es un orador en la asamblea que se tiene en julio de 1925 al lado de José Vasconcelos, promovida por Alfonso Reyes, contra el imperialismo norteamericano, que en esos años está presionando de una manera notable a los países latinoamericanos. Es decir, que el presidente Calles está preparando ya en 1925 lo que trece años después será la expropiación petrolera: vemos que no fue un camino fácil y que a Reyes como embajador en Francia le corresponde tranquilizar a la opinión francesa, por un lado, y luego desarrollar estos mítines de estudiantes latinoamericanos en París, donde hablan, reporto, Vasconcelos y Unamuno en favor

de esta soberanía latinoamericana.

Han pasado cien años, las cosas no han cambiado mucho, ¿no?

Digamos que, en la larga duración, hay gestos que se repiten.

Increíble ¿no? Es cierto que, por casualidad, vivió aquí en París en el mismo apartamento donde vivió Marcel Proust los tres últimos años de su vida.

Así es. En la rue Hamelin. Y ahí simpatizó con el conserje de Proust y alcanzó a conocer de primera mano anécdotas muy curiosas.

¿Cómo por ejemplo? ¿Tienes alguna que puedas contarnos?

Bueno, digamos, la enfermedad tan terrible. Hay que pensar que un amigo común, tanto de Proust como de Reyes, era Paul Morand y que él se inscribe dentro de otro grupo, que es el de Valery Larbaud, que es el de Adrienne Monnier, que es el de Jules Romains. Estos son los amigos por un lado que Reyes frecuenta, pero también frecuenta otros círculos como Jean Casou, y en el Ministerio de Relaciones Exteriores, por supuesto, Alexis Leger (Saint-John Perse) y el propio Aristide Briand. Es la época notable en que Jean Giraudou está al frente de la propaganda francesa en el Ministerio, y Paul Claudel, admirado de Alfonso Reyes, es embajador en Japón con una conciencia muy aguda de la geopolítica del momento y de la necesidad de una propaganda latina, en la que Francia, por supuesto, lleva el bastón de mando, vamos a decir.

En esos años veinte, los locos veinte, como le llamaban, París estaba en efervescencia. ¿Es cierto que conoció y tuvo como amiga a Kiki de Montparnasse?, una de las musas literarias de la época.

Una de las musas de fotógrafos, de pintores como Foujita y del propio don Alfonso, que sabía divertirse muy bien en París. Era la época de los clubes, de los bares. Y Reyes, que es un poeta, como lo vemos en estas fotografías, tiene unos versos sobre París que, si me permites, te los voy a decir:

*Al salir del Jockey Club
Los techos de París exhalan
ya las primeras golondrinas
y en el bochorno azul que baja
sube una paz vegetativa.*

*Silencio, cuando la caricia
sus pétalos olvida por las frentes.
Miente quien dijo “todavía”
y quien dijo “ya no más” miente.*

Bello, bello poema. Pero también no le impedía trabajar. Aquí va a escribir sus *Cuestiones gongorinas*. Esa pasión por Góngora le puso en contacto con los poetas españoles de la generación del 27, ¿no?

Bien. Reyes, antes de llegar a París pasó diez años muy fructíferos en Madrid trabajando al lado de Ortega

y Gasset; tenía una columna en el periódico *El Sol* y ahí, además, con Juan Ramón Jiménez dirigió una colección de clásicos españoles. Reyes se ocupó de Juan Ruiz de Alarcón y, con especial devoción, de Góngora, de quien hizo, nada menos que la edición de las *Obras completas*.

Poeta muy difícil de Góngora Oscuro y que, precisamente en 1927, con motivo de su centenario, esta generación de poetas y de eruditos de la que Reyes hacía parte lo celebran.

Cuéntanos ¿cómo influyó el ambiente cultural parisino en su trabajo? ¿Cambió el Reyes antes y después de París?

Reyes está sumamente ocupado en París. Los temas de la embajada ocupan todo su tiempo y su energía. Él dice “tengo jornadas que van de las tres de la mañana a las doce de la noche”, porque él tiene que hacer un tratado de comercio y amistad entre México y Francia. Tiene que normalizar las relaciones, desde París, con Gran Bretaña y con Suiza, condición *sine qua non* para que México pueda, años después, entrar a la Sociedad de Naciones; con Paul Veléry, uno a uno, Reyes negocia el ingreso al mencionado Instituto de Cooperación Internacional. Así que él está totalmente ocupado, pero al mismo tiempo puede escribir poesía, puede tener una vida mundana muy divertida.

No dormía seguramente.

No dormía, no.

¿Crees que la experiencia como embajador en París cambió su visión sobre México y América Latina en general? Tuvimos aquí a Vargas Llosa, que nos dijo que conoció en París la literatura latinoamericana, porque en Perú no llegaba la literatura ni de Argentina ni de México y aquí en París conoció muchos escritores latinoamericanos. ¿No le pasó lo mismo, quizás, a Reyes?

Yo en todo caso diría que a Vargas Llosa le pasó lo mismo que a Reyes, porque París precisamente en ese momento ya es un centro de concentración de la expresión artística y literaria latinoamericana.

Me imagino que sí. Y, cuántanos un poquito. ¿Qué es lo que te trajo a París, David?

Bueno, mi doctorado. En realidad, en Francia llevo seis años. Como lector de español en la facultad de Aix-en-Provence, ahí hice mi maestría en historia de la filosofía sobre Tucídides. Ahora en el doctorado trabajo precisamente sobre Reyes en París.

Este libro, magnífico libro, con ilustraciones que nos llevan al corazón de la vida de Reyes aquí en París, te ha costado mucho, mucho trabajo, ¿no?

Un año de un trabajo muy gozoso, muy intenso. Debo decir que este libro es iniciativa de Guillaume Pierre, en ese momento cónsul de Francia en Monterrey y al día de hoy embajador en Trinidad y Tobago y de don Adolfo Castañón, nuestro primer hombre de letras en México. Entre los tres coordinamos este libro con materiales inéditos y en el que participan siete autores que quisiera, si me permites, nombrar.

Por supuesto.

En orden, de preferencia, que son: Adolfo Castañón, Fabienne Bradu, Guillaume Pierre, José Luis Martínez y Hernández, nuestro embajador, Víctor Barrera Enderle, Javier Garcíadiego y tu servidor.

Desde aquí les enviamos un caloroso saludo. Estaba viendo las fotografías del 44 de la calle del Almirante Hamelin, como diríamos en español. ¿Has subido al apartamento donde...?

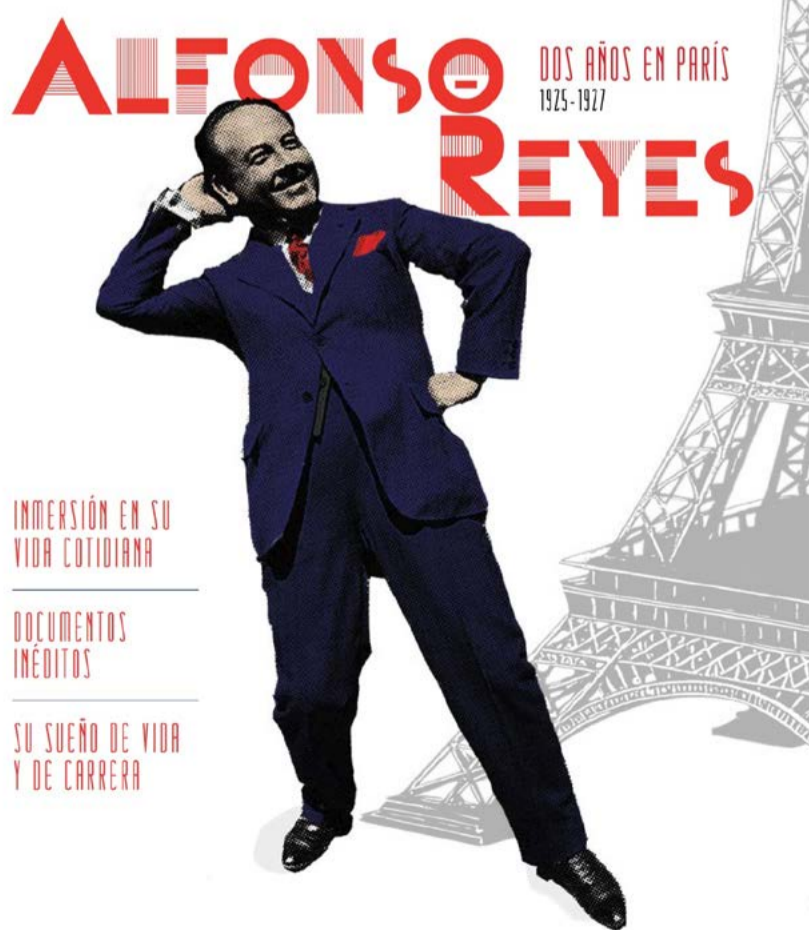
No he subido. Digamos que aquí hay un reportaje fotográfico que hicimos en compañía de la fotógrafa Anastasia Gladoshchuk y aquí entonces retratamos este edificio de Proust.

Vamos intentar entrar algún día con algún micrófono.

Estaría bien.

En fin. Pues todo eso y mucho más lo tienen en este ensayo de David Noria sobre Alfonso Reyes y sus dos años en París.

Saludos a tu auditorio. ☺



"Lanzó al suelo el periódico que intentaba leer, se impulsó con el pie en la pared y alcanzó una de las biografías de Bello, la que consideraba más completa, recién llegada a sus manos y escrita por un historiador mucho más bellista que él. Con el mismo pie detuvo el balanceo de la hamaca y se dispuso a darle un vistazo"

HEBERTO GAMERO CONTÍN

Siempre, aunque no era historiador, Pancho fue un entusiasta bellista, pero un día se dio cuenta de que había una pregunta que nunca se había hecho. Una pregunta importante. Un porqué que le hizo reaccionar de repente como si un par de rápidas palmadas frente a su rostro lo despertaran de un placentero sueño. ¿Por qué Bello nunca regresó a Venezuela? En 1810 partió a Londres y jamás volvió a tocar suelo venezolano. ¿Qué se lo impidió, qué circunstancias imposibilitaron su regreso?

En las biografías que había leído no se hablaba del tema. O al menos eso creía. Lanzó al suelo el periódico que intentaba leer, se impulsó con el pie en la pared y alcanzó una de las biografías de Bello, la que consideraba más completa, recién llegada a sus manos y escrita por un historiador mucho más bellista que él. Con el mismo pie detuvo el balanceo de la hamaca y se dispuso a darle un vistazo. Era domingo, la brisa del mar lo abrigaba y tenía suficiente tiempo para satisfacer esa súbita curiosidad, imperdonable de ignorar en un admirador de Bello como él. Se sonrió al releer y recordar el extenso nombre del caraqueño: Andrés de Jesús María y José Bello López. Él simplemente se llamaba Francisco Pérez, y todos le llamaban Pancho. De inmediato cayó en el delicioso sopor de la lectura. Ahora con los ojos puestos en un objetivo determinado *me será mucho más fácil encontrar la respuesta*. Detalles como el de que Bello naciera en 1781 en la Parroquia Altigracia de Caracas, o que fuera hijo de un abogado también amante de la música sacra y nieto de Juan Pedro López, insigne pintor venezolano, son detalles que ya sabía y que pasó por alto sin darles importancia. También el hecho de que fuera el mayor de ocho hermanos y que doña Ana Antonia López, quien lo tuvo de tan solo diecisiete años, fuera determinante en su formación moral y académica. Sin embargo, cuando leyó de la relación con su padre había sido un tanto distante, salvo por unas contadas vacaciones en Cumaná, se preguntó si esa falta de contacto influyó en su ulterior distanciamiento. Pero desechó la idea al recordar el estrecho lazo que siempre mantuvo con su madre y hermanos, suficiente razón para quedarse en el país o, si fuera el caso de que estudios u otros compromisos laborales se lo exigieran, apersonarse al menos cada dos o tres años, quizá cada cinco, dado los incómodos y tediosos que debieron de haber sido aquellos largos viajes en goletas y bergantines. Pero nunca ausentarse para siempre.

Probablemente algunos recuerdos un tanto negativos, o indeseables, se dijo Pancho mientras se reclinaba en la hamaca, influyeron en que Bello se alejara de forma permanente, aunque por las cartas que con frecuencia le escribía a su madre regresar era lo que más hubiera deseado. Recuerdos, por ejemplo, como la mala situación económica que vivió la familia a prin-

BIOGRAFÍA >> HISTORIA Y NARRACIÓN

Andrés Bello. Relato biográfico



ESTATUA DE ANDRÉS BELLO / UNIVERSIDAD DE CHILE

cipios de siglo cuando, en 1804, debido al fallecimiento de don Bartolomé de la Luz Bello (su padre) doña Ana se vio obligada a enviar una carta al gobierno español solicitando una ayuda por vía de limosna. No se tiene noticias de si tal ayuda se concedió ni su monto, pero no debió de haber sido fácil para el joven Bello escribir dicha carta y mucho menos llevarla al correo. Pero aparte de aquellos días de dificultades económicas, que se fueron resolviendo en gran medida gracias al cultivo del café en sus tierras de Petare –tierras que antes habían sido de los indios Mariches–, no tenía otras razones para despedirse para siempre de su país; al contrario, Caracas en aquella época postrimera de la colonia era una pequeña y hermosa ciudad de un clima envidiable, siempre verde y destilando agua por todas partes. Fiestas, exposiciones, tertulias literarias y arte en general eran el pan nuestro de cada día. Y de niño no se puede decir que pasó penurias pues sus biógrafos evidencian que tuvo una niñez llena de atenciones, buena educación y gratos momentos. Había nacido en casa de su abuelo el pintor, una amplia y hermosa casa de paredes de tapia, techos de teja y patio central abarrotado de flores y árboles frutales, entre los cuales corría cristalina y serena la quebrada Catuche. Es fácil imaginarlo a él y a sus hermanos correteando entre los robustos árboles, tumbando mangos y dándose chapuzones en el río cada vez que tenían oportunidad. O verlo entre papeles y lápices de colores tratando de hacer algún dibujo que fuera del agrado de su abuelo.

En 1810 partió rumbo a Londres en misión diplomática con Bolívar y López Méndez, tal era la vertiginosa velocidad con la que el joven caraqueño se abría paso en el mundo político y cultural de la época. Tenía veintinueve años. Debe de haber sido muy doloroso para Bello, pensó Pancho, enterarse de que la casa de su infancia –ubicada en lo que hoy se conoce como esquina de Luneta– había sido destruida por el terremoto de 1812. ¿Una razón para no volver a su país? Quizá. Era una posibilidad tomando en cuenta que las horribles noticias que todavía llegaban de Caracas, lejos de incitarlo a regresar, seguramente le inspiraban tales sentimientos de tristeza y desazón que decidió no vivir en carne propia y compensar su ausencia con decenas de cartas. Tal miedo pudo haber durado un tiempo, unos años, pero, ¿para siempre? ¿De verdad esa sería la razón por la que nunca regresó a su tierra, a su familia, a su hacienda de café, a los samanes de sus poemas, al Catuche de sus sue-

ños? No, murmuró Pancho, no lo creo.

Es obvio que Bello sufre por su destierro. En carta enviada a uno de sus hermanos le dice: "No puedes figurarte la melancolía que ahora más que nunca me atormenta por la distancia que me separa de vosotros. Caracas en mis pensamientos de todas horas. Caracas en mis ensueños. Anoche cabalmente soñaba hallarme en compañía de algunas personas queridas de aquella época dichosa de nuestra juventud. Si supieras con qué viveza me represento en mis ratos desocupados el Guaire, el Catuche, Los Teques, el patio y corral y todos los pormenores de la casa en que tú y yo nacimos y jugamos y nos dimos de puñetes algunas veces; aquellos granados, aquellos naranjos, y ahora, ¿qué es de todo aquello?". Nada, se dijo Pancho al recordar que también la hacienda de Bello había pasado a otras manos. En carta dirigida a Antonio Leocadio Guzmán le da las gracias por el envío de un saco de café de la Hacienda del Helechal, "que durante años fue propiedad mía y de mis hermanos, y en la guerra de la Independencia pasó a otros dueños".

Pancho tampoco descarta que dicha expropiación, el desorden, la anarquía de aquellos años hayan desilusionado a Bello de tal forma que regresara a su patria significaría un dolor innecesario, una triste obra de teatro a la que no valía la pena asistir. Pero, ¿y su familia, y sus amigos, sus maestros, el Ávila, sus baños en el río, su cálido trópico...?

Dejó de acariciarse la barba y no satisfecho continuó con su búsqueda... Pancho vivía en Cumaná, frente al mar, muy cerca de donde Bello pasó algunas vacaciones con su padre, y tal vez esos aires lo convirtieron en un bellista no solo entusiasta sino adicto a su vida y obra. También era una de esas personas que cuando se empeñan en algo no hay poder en el mundo que los haga cambiar de idea, y si lo hace es porque ya han movido cielo y tierra sin resultado alguno, entonces inventan cualquier excusa, a veces con muy buen humor, para justificar su fracaso. Sonrió con cierta complicidad cuando leyó que los padres de Bello se habían casado tres meses antes de este nacer y que después de él vinieron siete más. Se les consideraba "blancos de orilla", es decir gente modesta, trabajadora, sin linaje aristocrático.

Las líneas pasaban delante de sus ojos en rápidas ráfagas. Bello había logrado muchas cosas antes de abandonar su tierra para siempre en 1810: bachiller en Arte, estudios de filosofía, de medicina, derecho, latín, francés, inglés, teatro, poesía, gramática, literatura. Fue también un destacado

traductor. Sumemos las innumerables tertulias, agasajos, convites, banquetes y paseos a los que asistía con grata disposición, muchos compartidos con Humboldt, con Bonpland, con Bolívar, con Salías, con Tejera... Por otro lado era un entusiasta lector en público de sus propias traducciones de Virgilio, de Voltaire (decenas de personas se sentaban a escucharlo), también redactor principal del primer número de la *Gazeta de Caracas* (1808), Oficial en la Secretaría de la Capitanía General de Venezuela, Comisario de Guerra nombrado directamente por el rey Carlos IV (1807). Un talento excepcional para todo lo que hacía y reconocido por todos los que lo rodeaban.

¡Carajo!, exclamó Pancho, fueron muchos los logros de Bello antes de emigrar. Entonces por qué, por qué nunca más volvió a su tierra si lo que dejaba atrás eran grandes amigos y momentos inolvidables. ¿Había algo que superara todo aquello?

En 1823, trece años después de su partida, le escribe a su madre desde Londres anunciándole su plan de regresar en dos años. En 1825 no lo hace, pero no esconde su frustración. Pancho deja de mecerse, se sienta en la hamaca, se acomoda los lentes y lee sin perder detalle: "El que hoy me ocupa en preferencia a todos los otros es volver a Colombia –Venezuela formaba parte de la Gran Colombia. Tengo una familia; palpo la imposibilidad de educar a mis hijos –tuvo quince, de los cuales perdió nueve– en Inglaterra, reducido a mis medios actuales, los que debo a la bondad del gobierno... no me bastan. Por otra parte me es duro renunciar al país de mi nacimiento, y tener tarde o temprano que ir a morir en el polo antártico entre los toto divisos orbe chilenos, que sin duda me mirarían como un advenedizo".

Venezuela no aceptó su retorno en 1825, pero le ofreció la Secretaría de la Legación de Colombia ante Inglaterra, cargo que recibió con beneplácito pensando tal vez que el año entrante o el siguiente podría regresar a su país. No obstante dejó claro que "no perderé nunca de vista mis deberes para con una patria de cuyo servicio me apartaron circunstancias imperiosas, y hasta ahora irresistibles; pero que nunca he dejado de mirar como mía". Apenas dos años después de este nombramiento, al parecer ya cansado del clima de Londres luego de diecinueve años de residencia, o de que podía ser más útil en otro país, aceptó una oferta de trabajo de Chile. Tenía ya cuarenta y ocho años de edad. En Santiago se vislumbró libre para realizar sus grandes proyectos literarios y educativos, lejos de los difíciles

tiempos de caudillaje y anarquía que se vivían en su tierra, y lejos también de los enemigos que intentaban ponerlo en contra de Bolívar, los que lo acusaban de violar la confianza que en él había puesto el Libertador, algo que negó hasta el día de su muerte. Y tal vez dichos enemigos lograron algún resultado con sus calumnias, murmuró Pancho, y esa fue la razón por la que nunca regresó a Venezuela. El no haber recibido una contraoferta de trabajo de parte de sus compatriotas, dejarlo ir a Chile sin más, pudo haber sido para Bello la señal de que habían creído aquellas mentiras, o al menos dudado de su lealtad hacia la nueva nación y sus integrantes.

Pancho siguió pasando páginas. Los cargos, los honores, las abundantes obras escritas, el reconocimiento de los chilenos, desde senador hasta fundador y primer rector de la Universidad de Chile, deben de haber pesado mucho en su decisión de no regresar a su tierra.

Pero para un bellista, un bellista de verdad como Pancho, todo aquello era insuficiente, quería pruebas contundentes. Nadie, se dijo, ningún biógrafo o eminente historiador de los tantos que he leído ha podido decir, con total certeza, por qué Bello pasó cincuenta y cinco años de su vida fuera de la tierra que lo vio nacer y nunca regresó a ella.

Agotado, vencido, Pancho se levantó de la hamaca. Caminó hasta la ventana y se quedó un rato mirando a lo lejos. Convencido de que no encontraría testimonios contundentes que provinieran del propio Bello, y que en aquella época casi la única forma de viajar desde Chile a Venezuela era por vía marítima, se inventó que el intelectual venezolano odiaba el mar, se mareaba hasta tener que pasar la mayor parte de las travesías encerrado en un camarote, y que su viaje hasta Chile había sido la peor experiencia de su vida. Por esa razón Bello había decidido echar raíces en aquellas tierras. No había otro motivo. A veces la respuesta más sencilla y banal es la correcta. Esto concluyó nuestro bellista con el énfasis y la seguridad que corresponde a las grandes convicciones.

Durante años Pancho vivió feliz con esa justificación hasta que un día, la barba blanca ya, cayó en sus manos una nueva biografía de Andrés Bello. Un amigo se la había recomendado por las muchas cartas publicadas en ella. Le dio un ataque de risa, una risa disociada, cuando leyó, del puño y letra del insigne venezolano, que su viaje desde Gran Bretaña hasta Chile a través del Atlántico había sido "una larga navegación en general feliz y agradable". ☺

ENSAYO >> VISIONES HISTÓRICAS DE AMÉRICA LATINA

Latinoamérica: nudos, mitos y logros (Artesa, 2026), es el más reciente libro del historiador Rafael Arráiz Lucca. A partir del establecimiento de 60 hitos, el libro realiza un recorrido que arranca a comienzos del siglo XVI y se proyecta hasta nuestro tiempo. En lo que sigue reproducimos un fragmento del libro

RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

La conquista: una empresa católica

Sobre este tema hemos trabajado mucho e indagado con insistencia a lo largo de nuestras tareas investigativas; recogemos lo que creemos más acabado de nuestras reflexiones sobre el asunto: “Cuando Isabel la Católica, asistida por su intuición (y tocada por la influencia de los frailes Antonio de Marchena y Juan Pérez, quienes abogaban por Colón), decide apoyar los desvaríos del genovés, piensa en su reino y en lo que solía denominarse ‘La cristiandad’ que, justo en aquel año de 1492, está por concluir un largo proceso de reconquista de Hispania. Entusiasmo había, sin duda. Ese mismo año, además, decide la expulsión de los judíos de su reino y comparte con Francisco Jiménez de Cisneros la necesidad de reformar la Iglesia católica española, haciéndola menos dependiente de Roma y más autónoma en sus determinaciones, tarea que ambos van a desarrollar pronto. Será en este contexto contradictorio en el que Isabel apoye la aventura colombiana.

Aquel primer viaje (y el segundo) contó con el respaldo decidido de la Corona en el orden político y económico; ya después, la mayoría de los viajeros de Indias actuaba por cuenta propia, arriesgando sus capitales y sus vidas. El esquema utilizado para estas aventuras era el de la hueste: suerte de empresa con participaciones de capital (o de trabajo) de cada uno de sus miembros. Antes, era necesario obtener capitulación del rey. Sobre esto, José María Ots Capdequí no puede ser más claro en su libro *El Estado español en las Indias*. Señala: ‘El título jurídico que sirvió de base a toda expedición de descubrimiento o nueva población fue la capitulación o contrato otorgado entre la Corona o sus representantes y el jefe de la expedición proyectada. En estas capitulaciones, que recuerdan por su carácter y contenido las viejas cartas de población de la Edad Media castellana, se fijaban los derechos que se reservaba la Corona en los nuevos territorios a descubrir y las mercedes concedidas a los distintos participantes en la empresa descubridora. El estudio de las cláusulas pone de relieve que solo en muy contadas ocasiones –los viajes colombinos, las expediciones de Pedrarias Dávila y la de Magallanes– participó el Estado directamente en el provisionamiento de los gastos que la expedición originaba. Lo corriente es que todos los gastos fueran de cargo del individuo que organizaba la expedición, el cual podía ser al propio tiempo caudillo militar de la misma, o simplemente su empresario o financiador’ (Ots Capdequí, 1957: 16).

Aquel ‘empresario o financiador’ organizaba su equipo con base en el esquema que aludimos antes (la hueste). De tal modo que la conquista de América por parte de los españoles es una empresa privada, por un lado, y católica, por el otro. La tarea de



PRIMER DESEMBARCO DE CRISTÓBAL COLÓN EN AMÉRICA (1862) – DIÓSCORO TEÓFILO PUEBLA Y TOLÍN / MUSEO DEL PRADO

Latinoamérica: nudos, mitos y logros.

Fragmento

esta institución será evangelizar a los infieles, convertirlos al monoteísmo cristiano y hacerlos vasallos de la Corona española. No obstante, en aquel primer viaje de Colón, no iban presbíteros. La incorporación de la Iglesia al albur americano fue posterior, cuando los franciscanos se incorporan en 1502 en un viaje importante por su número y consecuencias. Según John Lynch, en su estudio *Dios en el Nuevo Mundo. Una historia religiosa de América Latina*, para 1535, cuando varias islas del Caribe están tomadas por los españoles, la presencia franciscana en ‘Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Jamaica y Panamá es consistente’ (Lynch, 2011: 31).

No olvidemos que este proceso de conquista comprende dos períodos: el insular hasta 1519, y el continental que inicia Hernán Cortés en México este mismo año. Antes he escrito: ‘Recordemos que el epicentro de la conquista inicial fue La Española, desde donde Cristóbal Colón (1492-1506), Fray Nicolás de Ovando (1501-1509) y Diego Colón (1509-1524) enviaron a los suyos a tomar posesión de las Antillas Mayores: Puerto Rico en 1508, Jamaica en 1509 y Cuba en 1511. Juan Ponce de León recorre las costas de Florida en 1513 y Vasco Núñez de Balboa divisa el océano Pacífico desde el Darién panameño en 1513. Luego, en 1519 se funda Panamá y Hernán Cortés desembarca en México, pero el territorio continental suramericano continuaba prácticamente virgen, porque lo hecho en Cubagua y Margarita seguía siendo ámbito insular y las penetraciones más allá de la costa eran una tarea pendiente, al igual que la epopeya de Pizarro en Perú Perú’ (Arráiz Lucca, 2013: 18).

‘Recordemos, además, que los jesuitas llegaron tarde en relación con otras congregaciones u órdenes religiosas, ya que la Compañía de Jesús la funda Ignacio de Loyola en 1540. Primero llegaron a Perú en 1568 y, lógicamente, abrieron colegios donde los franciscanos y los dominicos todavía no se habían asentado. Los jesuitas crecieron muchísimo en Latinoamérica hasta que fueron expulsados en 1767. Su tarea fue destacadísima y ejemplar; en Paraguay prácticamente

formaron un Estado autónomo con notable soberanía económica y, además, muchos de ellos entendieron a cabalidad el tema de la formación de la nación criolla’ (Arráiz Lucca, 2025: 18-20).

El caso del jesuita Juan Pablo Viscardo y Guzmán (1748-1798) es singular en el sentido señalado antes; su ‘Carta a los españoles americanos’, escrita en 1792 y publicada por Francisco de Miranda en 1799, es un texto pionero para las definiciones de la nación criolla. En ella se lee: ‘La intermediación al cuarto siglo del establecimiento de nuestros antepasados en el Nuevo Mundo, es una ocurrencia sumamente notable para que deje de interesar nuestra atención. El descubrimiento de una parte tan grande de la tierra es y será siempre, para el género humano, el acontecimiento más memorable de sus anales. Mas, para nosotros que somos sus habitantes, y para nuestros descendientes, es un objeto de la más grande importancia. El Nuevo Mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarlos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios y de nuestros sucesores’ (pág. web Instituto Cervantes).

Este fue, realmente, el primer documento donde aparece la definición de nación atribuida a los criollos. Por ello, Miranda (el primero que piensa y trabaja estos temas), apela a la carta que le ha sido entregada entre los papeles que dejan en sus manos después de la muerte de Viscardo. Pero volvamos al principio de nuestra disquisición sobre la conquista y colonización como una empresa católica.

Además, los jesuitas encabezaban el proceso de la Contrarreforma que la Iglesia católica blande frente a las críticas de Lutero en 1517, de tal modo que son distintos a los otros: tienen un encargo específico dentro de la Iglesia. Vienen a América a hacer lo que desarrollan en Europa en sus centros de estudios, sus colegios para la formación de las élites: fomentan el pensamiento crítico, se fundamentan en la fe y la teología católica, con todo el helenismo ya incluido en ella, y promueven un humanismo renacen-

tista, basado en el amor al conocimiento. Son distintos, evidentemente.

Antes, sobre este tema he señalado lo siguiente y juzgo necesario traer a cuento en esta oportunidad:

‘Es importante precisar que durante los trescientos años del Imperio español en América no siempre fue igual la relación entre la Iglesia y la Corona españolas. La sociedad simbiótica entre ambas instituciones se dio durante el proceso de conquista del siglo XVI, incluso se extendió en buena parte del siglo XVII, pero ya al final de este mostraba fracturas. No era lo mismo detentar el poder político y el eclesiástico; había diferencias de intereses y de forma. De hecho, son muchísimos los ejemplos de relaciones tirantes entre un factor y otro durante el siglo XVII, de tal modo que la separación comenzó a manifestarse entonces y alcanzó unos niveles de tensión, ya en el territorio del enfrentamiento, cuando los Borbones asumieron el poder a partir de 1700. Las llamadas ‘reformas borbónicas’ apuntaban claramente a reducir el poder de la Iglesia en América, al punto tal que ya durante el reinado de Carlos III la hostilidad era manifiesta y, en especial hacia los jesuitas, a quienes, como dijimos antes, expulsaron en 1767.

Todo lo anterior nos lleva a afirmar que sí, en efecto, la empresa de la conquista fue también una tarea católica; y con el paso de los años la grieta entre unos intereses y otros se fue pronunciando, al punto tal que buena parte de las reformas borbónicas buscaba reducir el poder de la Iglesia en América y el poder de los criollos. Estos, como advirtió claramente el jesuita Viscardo, ya formaban una nación con intereses propios, distinta a los peninsulares. Cada paso, cada institución (la Intendencia), creada por la Corona borbónica, buscaba reducir el poder local de la Iglesia y de los criollos, como dijimos antes, y mejorar el de la Corona; sobre todo en lo relativo al cobro de impuestos, que era el aspecto sensible de la relación entre la península y América’ (Arráiz Lucca, 2025: 20-21).

Recordemos, además, que la Iglesia católica se estableció con todos sus instrumentos en donde había mayor cantidad de población indígena. Donde había poca o ninguna, no había nadie a quien convertir y sacar del politeísmo pagano; de allí que la presencia de esta institución fue muy fuerte en México, Perú, Ecuador, Colombia, y débil en Uruguay, Argentina y Venezuela. Hay casos curiosos como el de Paraguay, donde la población indígena era muy grande y, sin embargo, la presencia de la Iglesia fue menor, salvo el episodio de los jesuitas; algo similar pasó en Bolivia, cuya población indígena es altísima, pero en los registros no aparece porque se incluye en Perú, ya que durante todo el Imperio español fue el Alto Perú.

Por último, a partir de la creación de las repúblicas latinoamericanas, la Iglesia católica enfrentó todo tipo de adversidades. El liberalismo la quería lejos del Estado, como es natural en el proyecto liberal, y un sector de la Iglesia (el oficial) no quería que la alejaran de él: quería seguir desempeñando su papel rector en la educación, cobrando diezmos y, en el fondo, siendo copartícipe del gobierno, pero estos son temas del siglo XIX, a los que llegaremos luego.

Un proyecto cultural

Tan temprano como las décadas iniciales del siglo XVI, los españoles fundaron las primeras universidades en América. En 1538 y 1540 se crearon dos universidades en Santo Domingo: la de Santo Tomás de Aquino y la de Santiago de la Paz. La primera regentada por frailes dominicos. En 1553 abrieron sus puertas las universidades de los virreinos de México y Lima. Todas inspiradas en las universidades de Salamanca y Alcalá contaban, como era costumbre en la Edad Media, con cuatro facultades: artes, derecho, teología y medicina. Ya en los siglos XVII y XVIII se fundaron muchas otras en regiones menos principales.

En el siglo XVII aparecen los primeros periódicos en México, entre ellos, la *Gaceta de México* (1667); luego, en el siglo XVIII se publican periódicos en Guatemala, Santo Domingo, Perú, La Habana, Bogotá; y en el siglo XIX en Buenos Aires, Veracruz, Caracas, Puerto Rico, Montevideo.

Habrà que esperar al siglo XVIII para que abran sus puertas las primeras bibliotecas públicas, como la de México (1788), la de Guatemala (1796), la de Buenos Aires (1799), entre otras. Las imprentas se crearon antes, en paralelo con las universidades. En 1535 en México, en 1583 en Lima, Puebla (1640), Paraguay (1700), La Habana (1707), Bogotá (1738), Quito (1760), Córdoba (1764), y las tardías de Montevideo (1807) y Caracas (1810), entre otras.

(Continúa en la página 10)

HOMENAJE >> HUMBERTO ACOSTA (1950-2026)

Un maestro del periodismo deportivo

"Despreciaba la ostentación con una convicción serena pero firme. No le interesaban los símbolos de estatus ni los gestos grandilocuentes; desconfiaba de todo lo que buscara impresionar antes que expresar. Su estilo era sobrio, casi austero, y encontraba mayor satisfacción en la coherencia que en la apariencia"

JAVIER GONZÁLEZ

El 13 de febrero de 2026, en la ciudad de Caracas, falleció a los 75 años Humberto Acosta, uno de los nombres más respetados y admirados del periodismo deportivo venezolano. Su partida marcó el cierre de una trayectoria ejemplar que atravesó la prensa escrita, la radio y la televisión, dejando una huella profunda en generaciones de comunicadores y aficionados al béisbol en Venezuela.

Nacido el 16 de septiembre de 1950, también en Caracas, creció en el edificio Arrate, en las cercanías de Los Rosales y Prado de María, en un entorno popular que moldeó su carácter afable y cercano. Aunque inició su vida laboral en una institución bancaria, pronto comprendió que su verdadera vocación no estaba entre balances y cifras, sino en los diamantes de béisbol. Impulsado por la pasión que le inculcó su padre, en 1973 ingresó a la Universidad Central de Venezuela (UCV) para estudiar Comunicación Social, carrera que culminó en 1978.



HUMBERTO ACOSTA / ARCHIVO

Sus primeros pasos en el oficio los dio como colaborador en la emblemática revista caraqueña *Sport Gráfico*. Más adelante, el periodista Rodolfo José Mauriello lo incorporó al diario *El Nacional*, donde desarrolló la mayor parte de su carrera entre 1978 y 2012. Allí nació su célebre columna *Triple Play*, convertida con el tiempo en su *alter ego* periodístico, espacio en el que combinaba rigor histórico, sensibilidad narrativa y una visión equilibrada del juego.

Durante casi tres décadas fue comentarista del circuito radial de los Leones del Caracas. Caraqueño confeso, supo separar la pasión de la responsabilidad profesional, algo que demostró al integrar en la temporada 1993-94 el equipo de transmisiones de los Navegantes del Magallanes, el eterno rival. Su ética estuvo siempre por encima de cualquier preferencia personal.

En 1984 vivió uno de los momentos más significativos de su carrera al ser el único periodista venezolano presente en la exaltación de Luis Aparicio Montiel en el Salón de la Fama del béisbol estadounidense, en Cooperstown, Nueva York. Aquella experiencia fue relatada con la emoción sobria

y la precisión que caracterizaban su estilo.

También desarrolló una destacada labor como narrador y comentarista en Radio Caracas Televisión (RCTV), así como en Meridiano Televisión y en el diario *Meridiano*. En sus últimos años formó parte del circuito radial de los Tigres de Aragua y llevó su emblemática columna al diario *Líder en Deportes*, manteniendo intacta su capacidad de análisis y su compromiso con la verdad informativa.

Su admiración por Sandy Koufax fue pública y entrañable. El legendario lanzador zurdo se convirtió en su ídolo de infancia y juventud, al punto de dedicarle frecuentes historias en las que lo llamaba el "judío maravilloso". Otro de sus grandes referentes fue Roberto Clemente, de quien conservaba con orgullo una pelota firmada obtenida en marzo de 1972, cuando los Piratas de Pittsburgh y Rojos de Cincinnati realizaron una gira de pretemporada en Venezuela.

Su legado bibliográfico constituye un aporte fundamental a la literatura beisbolera del país. Publicó seis obras que combinan investigación, memoria histórica y pasión narrativa, entre ellas títulos dedicados a figuras como

Andrés Galarraga y Johan Santana, además de ensayos que reflejan su devoción por Koufax y Clemente.

En 2007 recibió el Premio Nacional de Periodismo, reconocimiento merecido a una trayectoria intachable. De pluma precisa, análisis sereno y comentarios alejados de la estridencia y el fanatismo, marcó una era en los medios impresos y audiovisuales venezolanos. Más allá de sus vastos conocimientos, destacó por su generosidad: siempre estuvo dispuesto a orientar a colegas jóvenes, compartir datos y ofrecer contexto histórico con humildad.

Humberto Acosta no solo narró la historia del béisbol venezolano: ayudó a construirla desde la palabra honesta, documentada y apasionada. Cada crónica suya fue más que un recuento de innings y estadísticas; fue una pieza de memoria colectiva, un puente entre generaciones de aficionados que encontraron en su voz y en su pluma una forma auténtica de entender el juego.

Con rigor histórico y sensibilidad narrativa, contextualizó hazañas, rescató episodios olvidados y dio dimensión humana a los protagonistas del diamante. Supo explicar el presente a la luz del pasado, enlazando

épocas, comparando estilos y resaltando valores como la disciplina, la ética y el respeto por el rival. Su trabajo no se limitó a describir lo que ocurría en el terreno: interpretó el significado cultural del béisbol en Venezuela y su profunda conexión con la identidad popular.

En la radio, su comentario pausado y reflexivo acompañó a miles de oyentes en noches interminables de temporada. En la prensa escrita, sus textos se convirtieron en referencia obligada para comprender estadísticas, récords y rivalidades. En la televisión, aportó análisis equilibrados que elevaron el debate deportivo. Siempre fiel a la verdad y ajeno a estridencias, defendió un periodismo responsable, donde la pasión nunca desplazó a la objetividad.

Su legado permanecerá en cada crónica cuidadosamente construida, en cada transmisión donde enseñó sin imponer, y en la memoria agradecida de quienes aprendieron a amar la pelota leyéndolo o escuchándolo. Más que un comentarista o cronista, fue un formador de criterio, un custodio de la historia y un referente moral para el periodismo deportivo venezolano.

Humberto, además, era un personaje singular, de esos que parecen caminar a contramano de su tiempo. No manejaba preferencia por desplazarse a pie, en camioneta, en el metro o aceptar que alguien le diera un aventón; y tampoco le gustaba usar celular, al que consideraba una distracción innecesaria más que una herramienta imprescindible. En una época marcada por la hiperconectividad y la prisa, él elegía la pausa, la conversación directa y el contacto sin intermediarios.

Despreciaba la ostentación con una convicción serena pero firme. No le interesaban los símbolos de estatus ni los gestos grandilocuentes; desconfiaba de todo lo que buscara impresionar antes que expresar. Su estilo era sobrio, casi austero, y encontraba mayor satisfacción en la coherencia que en la apariencia.

Alejado del divismo, nunca cultivó una imagen pública calculada ni se dejó seducir por los halagos fáciles. Prefería el perfil bajo, el trabajo constante y el reconocimiento genuino antes que la exposición ruidosa. Esa combinación de sencillez, independencia y desapego de lo superfluo lo convertía en una figura distinta, difícil de encasillar y, precisamente por eso, profundamente auténtica. ☺

Latinoamérica: nudos, mitos y logros. Fragmento

(Viene de la página 9)

Universidades, bibliotecas, imprentas y periódicos dan cuenta de la voluntad de crear una trama cultural. Damos por descontado que para llegar a la universidad se pasaba por la escuela primaria y secundaria, pero advertimos que las leyes de sangre dificultaban o impedían el ingreso democrático a estas instituciones. Por ello, también se crearon las llamadas "escuelas para indios", siendo evidente que la educación a su vez respondía a la estructura de la sociedad estamental. En otras palabras: los peninsulares y los blancos criollos estudiaban juntos, los indios lo hacían por su lado. No se aprovechaba la educación como instrumento de integración. Era imposible que en aquella sociedad se persiguiera este propósito: ese será un proyecto republicano.

El examen de conciencia

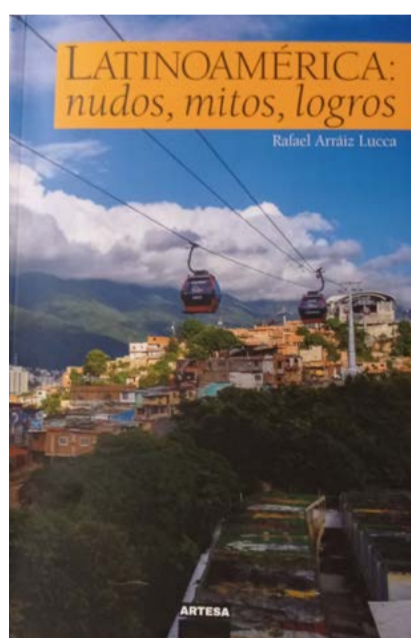
El lugar de fray Bartolomé de las Casas en la órbita de la defensa de los

derechos humanos es indudable. Su batalla legal de muchos años dio sus frutos y articuló un hecho excepcional: un imperio cuestionándose, preguntándose si estaba haciendo lo correcto.

Carlos Fuentes, en un discurso memorable en la Unesco en 1991, con motivo del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, afirmaba: "Más allá del mundo del imperio, del poder y del oro, más allá de las guerras de religión y de dinastías, un valiente mundo nuevo se estaba formando en las Américas después de la conquista, con manos y voces americanas. Una sociedad nueva, una nueva fe, con su propio lenguaje, sus propias costumbres, sus propias necesidades.

En las Américas, España habría de renovar su misión cultural, que ha consistido siempre en ser centro de incorporación, no de exclusión, de culturas: España celta e ibérica, fenicia, griega y romana, cristiana, judía y árabe, y ahora india, negra y americana.

Pero, claro está, la cuestión más importante surgida de la nueva cultura



afroindoiberoamericana tuvo que ver con cuestiones fundamentales de la justicia, y ello también le da a España un carácter singular en la historia de las colonizaciones del Nuevo Mundo.

Pues, desde el sermón de Antonio de Montesinos en Santo Domingo durante la Navidad de 1511 ("¿No son estos, hombres; no poseen un alma racional?"), hasta la promulgación de la legislación de Indias de 1542, pasando por las campañas de fray Bartolomé de las Casas ("¿Qué habéis hecho de las Indias?"), continuando con la negación de la humanidad del indio por Ginés de Sepúlveda y su afirmación por Francisco de Vitoria, durante un siglo España es el único imperio de

la época, y el primero de la historia, que debate consigo mismo acerca de la naturaleza y los errores de su política de colonización: ¿qué he hecho? ¿A quién sojuzgo, educo, evangelizo, exploto? ¿Quiénes y qué son estos hombres y mujeres? ¿Son seres humanos y no bestias de carga? ¿Tienen alma, pero también tienen propiedad? Y más aún, ¿hay guerras justas e injustas? ¿Se justifica el derecho de conquista?

Solo España planteó el debate, no las otras potencias coloniales –Inglaterra, Francia, Portugal y Holanda–, cuyos crímenes de exterminio y esclavitud son comparables a los de España. Pero estas no albergaron la duda, el debate, el discurso, e incluso el humor que permitió a un Vitoria, desde la cátedra de Salamanca, preguntar a sus estudiantes españoles: "¿Qué habrían pensado ustedes si en vez de conquistar a los indios americanos, son estos los que conquistan España y nos tratan a nosotros como nosotros los tratamos a ellos?" (Fuentes, 1993: 59-60).

Y, ciertamente, Fuentes apunta algo axial: España es fruto de la hibridación, del mestizaje, del encuentro de culturas en la península, de tal modo que sabe de qué se trata lo que está ocurriendo en sus dominios americanos. La extrañeza del otro no le es ajena. Además, siendo católica hasta la médula, el sentido de justicia tampoco le es ajeno, de allí que surja un personaje como de las Casas que abogue por los indígenas y el trato debi-

do. Por lo demás, exagera Fuentes cuando pone el acento en el exterminio, no en la esclavitud que sí campeó a sus anchas. Pero el exterminio no formaba parte del proyecto español para América: la evangelización y la incorporación de los nuevos súbditos al sistema tributario eran los objetivos. ¿Qué interés podían tener en exterminar a la población con métodos genocidas? De hecho, no ocurrió así. Por supuesto, la resistencia indígena al perder sus territorios, y la ferocidad con que fueron a la guerra para defenderlos, halló enfrente la superioridad tecnológica española, y muy pocos españoles dieron cuenta de muchos indígenas. Pero las muertes en guerra no califican como genocidio ni como exterminio. Donde sí cayeron muchos, millones, fue a causa de las enfermedades europeas para las que no contaban con anticuerpos los indígenas.

Por su parte, otro mexicano, Alfonso Reyes, creía exagerado hablar de una cultura propia, mientras Pedro Henríquez Ureña prefería hablar de una "inteligencia americana" más que de una cultura identitaria. José Manuel Briceño Guerrero, en su *Discurso salvaje*, optaba por señalar que éramos occidentales conviviendo con otros que no lo eran. Evidentemente, la conciencia identitaria latinoamericana ha sido un tema complejo, variadísimo, inagotable y mitológico. ☺

**Latinoamérica: nudos, mitos y logros*. Rafael Arráiz Lucca. Artesa, Caracas, 2026.

HOMENAJE >> HUMBERTO ACOSTA (1950-2026)

El hombre que creía que todo el mundo era bueno

Humberto Acosta Gutiérrez llegó al periodismo porque amaba el béisbol. Y lo amaba tanto que nunca se propuso entrevistar a sus héroes de la pelota —Sandy Koufax y Roberto Clemente—, aunque los tuvo a mano, para que siguieran, impolutos, en el olimpo de su memoria. Compartió con ellos, secretamente, algunas de sus convicciones vitales, prudencia, rectitud, ética profesional, que lo hicieron un ser humano muy especial y un nombre referencial en el periodismo deportivo del último medio siglo

JAVIER CONDE

De Roberto Clemente conservaba un autógrafo. Con Koufax se tomó una foto y recibió una carta que le habrá escrito con su mano zurda. La de lanzar. Los comenzó a admirar en los primeros años de la década de los sesenta cuando al llegar de clases sintonizaba la emisora en la que Delio Amado León y Musiú (Marco Antonio) Lacavalerie recreaban los juegos de las grandes ligas, con sonidos de gradas como si en verdad estuvieran narrando en directo.

Desde los once años era lector diario de la prensa que su papá, el psicólogo Miguel Acosta, llevaba a casa. Vivía en Los Rosales, en Prado de María, disputaba partidas de pelota de goma en las calles, pero en lo que mejor se desenvolvía era hablando de béisbol: los muchachos más grandes formaban un coro a su alrededor para hacerle preguntas y probar cuánto sabía.

Muchos años más tarde, cuando decir Humberto Acosta era referirse a un cronista y analista ameno, sobrio y muy respetado, recordaba la tarde del 26 de octubre de 1961, en la que entró por primera vez al Estadio Universitario de la UCV y quedó seducido con el esplendor de la hierba de los jardines. Y volvía a aquel jueves, jugaban Pampero y Caracas, ganaron los Leones 7 a 4 y su papá estuvo a punto de atrapar una pelota de jonrón bateada por un tal Pastor Romero. “Mi vida se ha ido en el estadio”, le confesó al periodista Marcos Grunfeld.

El primer artículo con la firma de Humberto Acosta apareció en las páginas deportivas de *El Nacional* el lunes 8 de marzo de 1976. Se tituló 100 años de béisbol en Cuba. Se lo había llevado unos días antes a Heberto Castro Pimentel, *manager* sobre el terreno en la redacción deportiva que dirigía Abelardo Raidi, como una colaboración no solicitada. Cuando lo vio publicado no cabía dentro de sí. Era estudiante universitario, trabajaba en una compañía de seguros y, de vez en cuando, alguna nota suya aparecía en *Sport Gráfico*, la revista de pelota y boxeo dirigida por Delio Amado León y Carlos González. Fue allí donde conoció a Rodolfo José Mauriello. Un especialista consumado del juego de béisbol que lo entendía y explicaba con la misma seriedad que un economista hablaba de inflación. Humberto quedó impactado al leerlo.

Mauriello le abrió las puertas del periódico de Miguel Otero Silva. Fue su tutor en ese tránsito de pasar de ser un aficionado a la pelota a convertirse en un profesional de la información.

En 1978, se integró como pasante a la sección deportiva del diario, que reunía a algunos de los periodistas deportivos más destacados de la época: entre otros, a Rubén Mijares, Jesús Cova, Alfonso Saer (colaborador desde Barquisimeto), Carlos Ortega, José Visconti, Eduardo Moncada, Ezra Dortolina, además de los mencionados Mauriello y *Castrico* Pimentel.

El periodismo deportivo venezolano experimentó un vuelco con la aparición, en 1969, de *Meridiano*, el primer diario dedicado solo al deporte, creado y dirigido por Carlitos González.



HUMBERTO ACOSTA / ARCHIVO EL NACIONAL

Los principales periódicos generalistas de la capital —*El Nacional*, *El Universal* y *Últimas Noticias*—, recuerda Víctor Suárez, se vieron obligados a mejorar su información deportiva. *El Nacional* creó el suplemento *Pantalla* que aparecía los lunes. Páginas generosas en datos y análisis, calidad estilística con la libertad que concede el deporte para fomentar mitos que serán devorados por los lectores, fotografías en gran formato y un diseño, en el que Suárez dejó su sello, que rompió los moldes al uso hasta entonces. Humberto Acosta estaba donde siempre quiso, desde que en una clase de literatura, mientras cursaba tercer año de bachillerato, descubrió que el periodismo era la vía para alimentar su pasión beisbolera.

En *El Nacional* permaneció más de treinta años. Hizo de su columna *Triple Play* imperdible para todo amante del béisbol. Durante 15 años consecutivos cubrió los entrenamientos primaverales de los equipos de las grandes ligas, incluidos los de Jackson Melián, José Salas y Miguel Cabrera, los tres primeros peloteros venezolanos que recibieron bonos de más de un millón de dólares. El 12 de agosto de 1984 presenció en Cooperstown la exaltación de Luis Aparicio al Salón de la Fama. Se enorgullecía de haberle hecho la primera entrevista a Omar Vizquel cuando este tenía 17 años y era apenas un boceto de campocorto. Siguió el ascenso de Andrés Galarraga, desde las ligas menores hasta consagrarse. Y oyó, porque estaba en el estadio de Atlanta, el sonido inconfundible del jonrón del Gran Gato en el primer turno del juego en el que volvía al campo luego de recuperarse de su enfermedad. Es suya la crónica del *no hit no run* de Urbano Lugo en una final del campeonato venezolano. Y vio coronarse a los Leones del Caracas en Hermosillo, México, y a las Águilas del Zulia en San Juan de Puerto Rico.

“Soy un hombre feliz y satisfecho con lo que hecho”, decía sin alardes, con la autenticidad que lo acompañó toda la vida.

“Un tipo optimista, sin amarguras, de buen humor y con una risa estruendosa”, dice Cristóbal Guerra, su compañero en *El Nacional* desde 1984. Se conocían de vista y breves saludos en el Estadio Universitario. La amistad se forjó en el periódico, alrededor, siempre, de una taza de café, mientras Guerra lo hacía lector de Kundera y Humberto le hablaba de los cines de su infancia, el Lincoln, y el Prado de María y de su querido Gabo. “Más que humildad, lo que lo caracterizaba era la prudencia. Nunca preguntaba nada íntimo”, sigue Guerra, que menciona otros invitados a sus charlas, como Rilke o el español Manuel Vázquez Montalbán, un personaje que hizo de todo y todo muy bien, poeta, novelista padre del detective Pepe Carvalho, periodista, culé (seguidor del Barcelona)..., y hombre de izquierda, como Humberto.

“Sin dogmas, sin ser un obcecado, un hombre de izquierda en el sentido de que el mundo está mal hecho”, confía su amigo con el que durante ocho años mantuvo un programa de radio que juntaba las célebres columnas periodísticas de ambos: *Camiseta Diez* y *Triple Play*.

Jesús Cova, testigo y cronista de grandísimas peleas de boxeo, tercer hombre sobre el ring en infinidad de combates, tuvo a Humberto Acosta como testista con una historia que trataba, cómo no, sobre béisbol, pero de la que se le escapan los detalles. “Lo que llamaba la atención de Humberto era su meticulosidad con la información de béisbol. Era como un científico, siempre leyendo y apasionado por Koufax”. Fueron también compañeros en *El Nacional*, al que Cova llegó en 1969 desde el diario *La República*. “Humberto era muy, muy especial.

“Mauriello le abrió las puertas del periódico de Miguel Otero Silva”

Nadie lo escuchó hablar mal de algún compañero de profesión, a pesar de lo maledicentes que solemos ser los periodistas. No se ocupaba de lo que hacían los demás”.

Lo más duro en *El Nacional* fue la partida. Le habían hecho una oferta de *Meridiano* a la que no podía renunciar. No encontraba valor para decirle cara a cara a Cenovia Casas, la editora en jefa, que se iba. Estaban orgullosos de él en la casa en la que se hizo periodista. Cuando llegaba alguien famoso a la redacción, lo que ocurría con frecuencia, lo conducían hasta su puesto: “Este es Humberto Acosta”, y él se levantaba, daba la mano y sonreía complacido. Resolvió lo de su despedida con un correo electrónico. Más de una década después, en una muy breve entrada en una red social, anunció que “por razones personales” ya no pertenecía al grupo que realizaba las transmisiones radiales de los juegos de los Leones del Caracas. “Fueron 28 años maravillosos”, resumió.

Le dio tiempo para más. Hizo televisión, lo saludaban en la calle o en el metro y, como lo que más le gustaba era escribir, publicó seis libros. En tres de ellos el protagonista es Sandy Koufax, el magnífico lanzador de los Dodgers de Los Ángeles, admirado tanto por sus hazañas en el campo co-

mo por sus lealtades íntimas. En la Serie Mundial de 1965 se negó a abrir el primer juego por coincidir con el Yom Kipur.

Acosta vio a Koufax en persona dos o tres veces: una, cuando Aparicio entró al Salón de la Fama; otra, en el campamento de los entrenamientos primaverales de los Dodgers, el 26 de marzo de 1996, cuando se le acercó con la intención de tomarse una foto, sin pretender una entrevista. No quería arruinar el momento. Lo logró. Luego, le sacó copias, las tenía esparcidas por su casa, de tanto mostrarlas a familiares y amigos. “Lo que pienso de él es solo para mí”, escribió en un texto en el que cuenta el encuentro con su héroe.

Admitía el amor por Koufax como su último delirio de aficionado. Lo que lo había impulsado en febrero de 1979 a enviarle al beisbolista, ya retirado y contratado por su equipo como instructor de lanzadores, los artículos que había escrito sobre él. Supo que estaría en el campamento de entrenamientos, ubicó la dirección y remitió la encomienda en correo normal. Un par de meses más tarde llegó la respuesta, escrita a mano y en inglés en una caligrafía legible que Humberto tradujo y publicó treinta años después en su libro *El último encuentro/Roberto Clemente vs Sandy Koufax*:

“Señor Humberto Acosta Gutiérrez. Muchísimas gracias por enviarme los artículos que usted escribió. Muchas gracias también por las cosas agradables que dijo.

Preston Gómez las tradujo para mí y me iba a ayudar a escribir esta carta en español. Desafortunadamente tenía que salir y tuve que hacerla en inglés. Estoy seguro de que usted podrá encontrar a alguien que lo ayude. De nuevo gracias, y la mejor de las suertes para usted.

Sinceramente, Sandy Koufax”.

La carta y su envoltorio siguen intactos.

“Lo de Humberto no era pose”, dice, susurra, Xiomara García, la esposa, la viuda, quien sabía que su marido era muy querido, pero no se imaginó cuánto. “El creía que todo el mundo era bueno. Siempre estaba dispuesto a atender, a ayudar”. A veces, discutían por eso, amistosamente, porque ella le decía que había gente mala. “No le gustaban los arribistas”.

Se conocieron a los 8 años de edad, cuando la familia García se mudó a Prado de María, al primer piso del edificio Arrate. En la planta baja, vivían Manuel Acosta y Esperanza Gutiérrez, con sus tres hijos, Humberto y dos hermanas. Tenían 14 años cuando se hicieron novios, se casaron en 1976 y tuvieron dos hijos: Alejandro y Lisset, madre de Eloísa, la nieta de 9 años, adoración de Humberto. Xiomara es artista plástica, formada en la Escuela Cristóbal Rojas, fue docente en la escuela Cándido Millán y siempre trabajó desde la casa. De béisbol sabe lo elemental. De novios, iban juntos al estadio, después nunca más. Los hijos disfrutaban, en ocasiones, de los juegos con las entradas que a él le daban.

A Humberto todo le parecía bien, no se quejaba de nada. Disfrutaba la comida mantuana con la que lo consentían sus abuelas. Le gustaba el bolero y la salsa y lo dejaban bailar solo de tan bien que lo hacía, para mirarlo y piropearlo.

Nunca tuvo celular y cuando le regalaron uno en una emisora radial se lo pasó a Xiomara. Es un mecanismo de control, insistía. Tampoco manejaba carros, aunque sabía hacerlo. La familia se desplazaba a todas partes en taxi, para ir al cine, al teatro, a paseos y cenas en los fines de semana libres, cuando lo permitía el béisbol. Prefería comprarse un libro que ropa.

Cuando hablaba con alguien, le ponía una mano sobre el hombro. Era táctil, de gestos. “Le costaba hablar de él”, vuelve a susurrar Xiomara. “Le preguntaba qué le pasaba, me decía que nada y nadie lo sacaba de allí”. Sabía que a ella le gustan los chocolates y la sorprendía. O, simplemente decía lo que callaba por escrito. ●

SIN GUÍA PARA PERPLEJOS

La noble mentira

RUTH CAPRILES

“No mentir” solía estar, junto con Pinocho, en el paquete de normas que recibíamos de nuestros mayores. Cuando yo notaba alguna inconsistencia entre principio y comportamiento, obtenía explicación: hay mentiras blancas, buenas porque intentan hacer bien, sea para animar a otros, no herir sentimientos o no ofender. Estas pequeñas mentiras blancas son, como las reglas de cortesía, una especie de aceite en las relaciones sociales.

Imagínese si, al saludar, uno recibiera en vez de “Bien, gracias” un “Mal y a usted ¿qué le importa?”. O si cada vez que uno encontrara a una amiga esta le dijera “Luces horrible”.

Más tarde aprendí con la novela *La piedad peligrosa* de Stefan Zweig, que una mentira piadosa puede tener efectos devastadores.

Sissela Bok, en un pequeño tratado sobre la mentira, ofrece suficientes argumentos para restar respaldo moral a las mentiras blancas. Uno suficiente es que toda mentira drena la confianza y produce desesperanza. Termina uno tarareando a Gardel: “Verás que todo es mentira / Verás que nada es amor / Que al mundo nada le importa / Yira, Yira”.

O inmersos en los *Caprichos* de Goya para constatar que sigue vigente su denuncia contra la farsa social, la duplicidad de las figuras institucionales, la hipocresía religiosa, la mentira política.

Al pasar del tango a la política encontramos el problema planteado por aquello de “las buenas intenciones”. Se hace política para servir al pueblo, o así lo dice siempre el discurso. Todo candidato a puesto de elección miente, solo porque promete lo que sabe, o debería saber, no puede cumplir.

Hay límites a la mentira política. Nadie espera que el candidato electo construya las quinientas mil viviendas que prometió, pero nadie perdona a quien promete bajar impuestos y, no más acceder al poder, lo sube.

El problema ético lo dejó Platón al calificar la mentira política como noble en virtud de su propósito cívico. Él pensaba que ninguna forma de gobierno existente era satisfactoria y que no habría fin a la miseria humana hasta que fuera dado poder políti-



LA MENZOGNA (1650) / SALVATOR ROSA

co a los sabios filósofos; o hasta que los gobernantes hubiesen aprendido la verdadera filosofía.

Propone entonces inventar un cuento para “...persuadir, si posible, a los mismos gobernantes y, en su defecto, al resto de los ciudadanos”.

Es un mito de creación: Dios creó a todos los hombres hermanos, pero distinguidos por la mezcla utilizada en su composición: oro para los guardianes; plata para los auxiliares del gobierno; hierro y bronce para los agricultores y el resto de trabajadores. Cada quien satisfecho en su lugar y función propia produce un Estado en armonía.

Los marxistas convirtieron la especulación de Platón en un enunciado

de hecho: la política es engaño para perpetuar los intereses de las clases privilegiadas; por tanto, está moralmente justificado decir mentiras para eliminar las clases.

Maquiavelo considera que la mentira puede ser útil al gobernante, pero apunta sagazmente a la responsabilidad de los engañados: “La gente es tan simple y se somete hasta tal punto a las necesidades presentes que quien engaña encuentra siempre quien se deje engañar”.

Tenemos 26 años acribillados a mentiras. ¿Será hora de preguntarnos si queremos ser engañados?

Si cantamos con Fleetwood Mac, no por un día sino todos los días: *Tell me lies, tell me sweet little lies*.

CAFÉ DEL DÍA

Zoilo Galarza, Rosa Montero y Alfred Jarry

ROGER VILAIN

Zoilo Galarza lee y busca. Ahí lo ves, ceño fruncido, neuronas alertas, leyendo y buscando entre un puñado de credos o en la revelación última de un juego de cartas.

Zoilo Galarza lee pero no entiende. En principio se dijo que no entender era cosa menor porque la borra del café dice cuanto tenga que decir poniendo de patitas en la calle a la razón, de modo que mi amigo insistió en las experiencias arriba mencionadas con el añadido luego de la quiromancia, de las runas, de la radiestesia, del iris de los ojos y de un sinfín de prácticas cuyos horizontes resultaron, uno a uno, poco menos que decepcionantes.

Como desde niño ha sido un buscador, tragó grueso, gritó *om* y se llenó de placidez mientras sus vivencias colmaron el saco de la fe en el porvenir, o sea, incrementaron el fenómeno de la perseverancia, ya en él elevada gracias a la genética, a la cultura familiar o ve tú a saber qué otras razones escondidas.

Lo cierto es que Zoilo Galarza probó asimismo con la cleromancia, y con la piromancia y la geomancia, pero no, nada de nada. Sin embargo, el terco irreductible que se forjó con los años juró haber dado en el blanco, un blanco lleno de luz, de un poder estimulante que sin dudas lo proyectaría a ámbitos insospechados. Me refiero, claro está, al encuentro con la bibliomancia.

Entonces creyó hallar ciertas respuestas, intrincadas pero descifrables, en los cuentos de Cortázar. De *Rayuela* ni se diga, aunque dejémosla para otro día. Igual sucedió con Bryce Echenique y con Cabrera Infante, cuyos secretos lo dejaron *patidifúa* gracias a que bastó con invocarlos para que toda abulia desapareciera y cualquier aflicción chorreara por las alcantarillas. *La vida exagerada de Martín Romaña* o *Exorcismos de esti(1)lo* fue dar en el clavo.

Pero si encontró la piedra filosofal en esas obras como si nada e *ipso facto*, como si nada e *ipso facto* la realidad voló como confeti. Nunca repitió el hallazgo tantas veces rastreado. Al jurar que era un sabueso satisfecho, la presa escapó sin despedirse, sin decir adiós, *au revoir* o *arrivederci*, si te

Seix Barral

Rosa Montero

El peligro de estar cuerda



he visto no me acuerdo.

Y fue, mira qué cosas, gracias a esta decepción que atinó a tropezárselo en los anaqueles. No preguntes cómo ni por qué, pero Zoilo Galarza brincó de alegría, caminó hacia él, lo tomó con una mano mientras con la otra se acomodaba los lentes y lo abrió. Alfred Jarry se le puso enfrente. “Ciencia de las soluciones imaginarias y de las leyes que regulan las excepciones”. “Eso es”, farfulló. “Soy un patafísico”. Zoilo Galarza había dado consigo.

Lleno de felicidad, como feliz puede estar quien se tuvo claramente enfrente, el destino, los astros o los cielos alumbraron su vereda. Una tarde, al salir de caza por algunas librerías, le puso el ojo a *El peligro de estar cuerda*, de Rosa Montero —o el libro quizás le puso el ojo a él—, y con una mano, mientras con la otra se arreglaba cierto flequillo que le molestaba, se acercó, pagó y se fue al lugar donde solía leer. “Lo normal es lo anormal”, “ser raro es que no es nada raro”, escribía la autora a ritmo de metralla. El círculo de patafísicos se cerraba. Zoilo Galarza, el Jarry, la Montero, ojalá se hubieran conocido antes, pero qué puede ya importar. Si uno le mostró la senda, la otra marcó el punto final, cerró con llave, la tiró por la ventana y ahora sí, cada quien anduvo con su cada cual.

NOTA AL MARGEN

Ongoingness. El pasado es siempre recién nacido

KEILA VALL DE LA VILLE

The essential problem of ongoingness is that one must contemplate time as that very time, that very subject of one's contemplation, disappears

El mundo que pensamos real no es más que recorte, edición, interpretación y, dicen, lenguaje. La verdad objetiva no es sino versión contextual, responde a un momento, a una psique colectiva, y al posterior procesamiento individual.

La creación, valiéndose de imágenes de distinto tenor, síntesis y nuevas interpretaciones, le sobrepone estratos. Contar una historia valiéndose de cualquier medio, escribir una novela o un poema, tomar una fotografía, supone elegir qué incorporar y qué dejar fuera. Una noticia, una crónica o un diario, no son excepción.

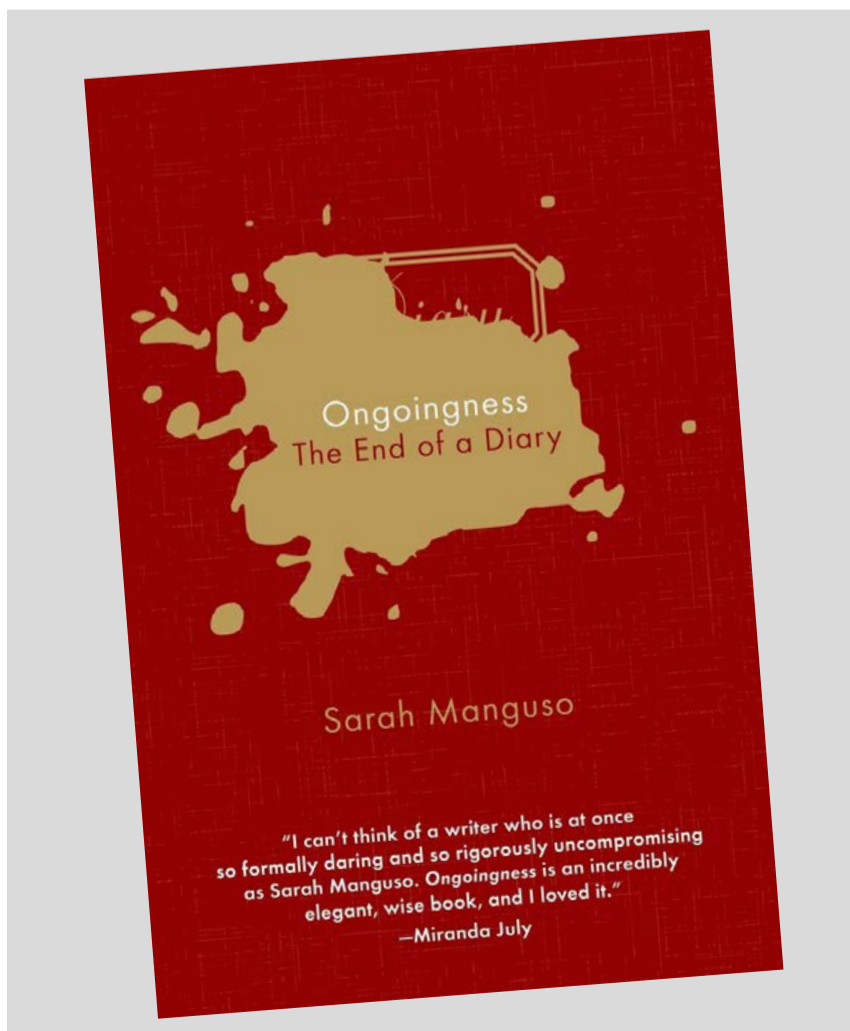
En su libro fragmentado sobre la memoria, el tránsito, lo inabarcable y el amor, titulado *Ongoingness, The End of the Diary* (*En curso, el final del diario*), Sarah Manguso abre el tema en negativo: escribir un diario es tomar una serie de decisiones sobre qué omitir, y qué olvidar.

Manguso recorre su práctica coti-

diana de veinticinco años y ochocientas mil palabras entregada a proteger eso en riesgo de perderse: el momento y su acumulación. Desde la distancia que solo ofrecen las páginas —el tiempo— recuerda la experiencia como insuficiente: “El diario era mi defensa ante la posibilidad de desperdiciar al final de la vida y descubrir que me la había perdido”.

Incapaz de despedir el día sin escribir algo sobre él, buscando salvar el evento, atenuar la ruminación nocturna y proteger algo invaluable: la atención; consciente de que la vida es más que acumulación de momentos, de la insuficiencia del lenguaje para replicarla, así como al tanto de lo fútil del ejercicio, escribió en público, en privado, a medianoche y en autos en movimiento. Buscando proteger la psique a través de la escritura, se alejó de la vida *real*. Intentando recordar solo lo soportable por el recuerdo, se editó. Intentó la palabra como experiencia y memoria pura, escribió listas, enumeraciones en apariencia vacías. Manguso califica hoy la obsesión y la suma agobiante como viciosa.

Quizás ese refugio ante la imposibilidad de contar con días colchón, *buffer days*, como los llama, y recuperarse de otros demasiado llenos,



too full, también fue salvación.

Cómo negarlo, hay días tan completos que vacían. Belleza tan profunda que agota.

Con la maternidad, se sintetizó por necesidad, moral y estallido. Los diarios menguaron ante “el tipo de amor al que la persona se entrega durante tanto tiempo, que olvida cómo empezó”.

Y acá la bisagra del libro: se dice que olvidamos recuerdos pre-verbales al aparecer el lenguaje que las vuelve ilegibles. Pero Manguso nota su regreso, memorias de su propia infancia que al ser rescatadas sugieren que la historia se acumula en presente, con y sin lenguaje.

Lo trascendental deja su marca, no es casual que los momentos importantes sean llamados inolvidables.

Hay memorias fundamentales negadas a la palabra, que sobreviven huérfanas, sin testigos o interlocutor. La belleza y lo importante se acumulan y la linealidad es siempre presente. El diario, justificada práctica, ejercicio, constancia, no los aseguran, los mantienen. “Cuando estoy con mi hijo siento el ritmo vertiginoso de ese viaje sin retorno que guía la experiencia humana”, dice Manguso.

La memoria constituye. El pasado es siempre hoy.